

lej.
2

LA CONCEPCION DE MICHEL FOUCAULT
SOBRE EL PODER

por HECTOR CEBALLOS

Uruapan, Mich., 1985

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROLOGO

¿Por qué hacer un ensayo sobre el poder? Quizá porque el poder es un espejismo todavía inquietante; probablemente porque del poder todos hablamos: lo invocamos o lo evocamos, lo musitamos o lo proferimos a gritos, lo silenciarnos y lo deseamos, lo ejercemos y nos domina; sin embargo, nadie, o casi nadie, puede decirnos con certeza qué es y cómo funciona.

El poder lo padecemos cotidianamente aquí y allá, ahora y antes, mañana y siempre. Lo sufrimos, pero también lo practicamos: nos volvemos vitales cuando dominamos algo o a alguien. Somos dominadores y estamos fatalmente dominados.

El poder es un mito y una realidad que se confunden. Configura una relación de actos y voluntades intangibles, espectrales, que circulan y se interiorizan en el individuo y la sociedad.

El poder es lo malo: lo criticamos, lo denostamos, pretendemos extinguirlo; pero también es lo bueno: anhelamos tomar el poder encarnado en el Estado, dominamos a la naturaleza para someterla a nuestro servicio, nos convertimos en autoridad paternal, científica, educadora o política con la intención de controlar a las masas y a los individuos, para salvaguardar el orden social, y con el objeto de garantizar la reproducción del modo de vida vigente.

Hay quienes dedican su vida a tomar el poder del Estado (los leninistas-jacobinos), existen otros que pretenden

terminar con él (los ácratas); la realidad es que el Estado, como gran "monstruo gélido", nos aplasta día con día mediante su enorme poder totalitario; y sin embargo lo soportamos a regañadientes precisamente porque al poder también lo llevamos dentro: lo absorbemos desde la infancia, lo integramos en la escuela y lo explayamos sobre nosotros mismos y contra los otros a lo largo de la vida: en la producción económica, en la actuación política, en el arte, a la hora del ocio, y hasta en el sueño, siempre estamos sometidos, sometemos o planeamos cómo salir del sometimiento inventando "paraísos terrenales" que, finalmente, se vuelven nuevas formas del poder ejercido por unos sobre los otros.

Precisamente porque el poder es una realidad cotidiana tan poco aprehensible teóricamente, esencialmente difusa y compleja, profundamente enigmática, de la que todos tenemos una vaga idea pero a la cual nadie puede definir con precisión, es que hemos considerado interesante investigar la concepción de Michel Foucault sobre la tecnología del poder.

¿Por qué Michel Foucault? Quizá porque nos fue seduciendo e interesando a medida que enfrentábamos el reto que implica la lectura de sus textos, debido a que ellos producen una destrucción de los mitos teóricos aprendidos en la academia universitaria.

Pero sobre todo, investigamos a Foucault por las siguientes razones concretas: El es uno de los pocos teóricos sociales que conjuntan en su obra la conceptualización general-

abstracta de lo que entienden por poder, con una serie de investigaciones históricas empíricas, las cuales son resultado de un prometeico esfuerzo de acopio de material de archivo y de lecturas infinitas hasta casi agotar las fuentes primarias. Además, Foucault se aleja de la tradicional producción teórica y sociológica que hegemoniza el saber en la universidad (la cual tiende a mitificar la existencia de un "método científico"), mediante la original interrelación de una riquísima investigación erudita (que apabulla al más acucioso de los historiadores) con la utilización de un lenguaje sencillo pero a la vez pleno en imágenes literarias de hermosa factura. Foucault es, siguiendo la tradición de Platón, Voltaire, Nietzsche, Canetti, Callois, un verdadero maestro de la prosa, entendida ésta como parte legítima y valiosa de ese bellísimo arte que conocemos con el nombre de literatura.

Foucault crea un discurso que emana originalidad (véanse sus concepciones sobre el poder afirmativo-productivo, el discurso sexual proliferante, la disciplina panóptica, la tecnología del yo), que manifiesta el respeto por el detalle, por lo minúsculo, por lo específico y lo diverso, sin olvidarse jamás de la importante tarea de consolidar una concepción que, respetando las diferencias y discontinuidades de la realidad, enfoque con amplitud y riqueza el fenómeno del poder.

El discurso foucaultiano tiene la enorme sugestión de no ser reiterativo, de estar siempre cambiando; es decir, constituye un ejemplo de ejercicio intelectual crítico y auto-crítico, una demostración de práctica permanente de la sospecha,

así como de cuestionamiento incisivo y radical de todo lo instituido como verdad y como norma eterna de la sociedad.

Analizamos la obra de Foucault, porque de ella se puede deducir un riquísimo abanico de vetas teóricas que están ahí para quien quiera utilizarlas. Además, es posible colegir de sus textos una experiencia vital que comprende aspectos múltiples como: una nueva fundamentación de la revolución política, una crítica demoledora de los valores y conductas establecidas como normales (la positividad y bondad absolutas de las ciencias y las instituciones médicas, por ejemplo), una motivación para el ejercicio de una vida individual más libre y genuina, un enriquecimiento cognoscitivo de hechos y acontecimientos novedosos, y una reivindicación del saber y del actuar de los otros: de los marginados, excluidos, asociales, de los que son diferentes a la normalidad.

Por estas razones, y fundamentalmente por haber hecho la crítica más despiadada y contundente del poder disciplinario en la sociedad moderna capitalista, Foucault ha pasado a ser uno de los pensadores más interesantes y originales de la segunda mitad del siglo XX, lo cual justifica la elaboración de este trabajo de revisión crítica de su obra.

Es necesario aclarar que cuando decimos que Foucault hace una crítica de la modernidad capitalista, ello no se refiere únicamente al mundo occidental capitalista, sino que abarca al conjunto de las sociedades tecnológicas contemporáneas. En términos de la preponderancia y patética manifestación del po-

der disciplinario en la cotidianidad de cualquier sociedad industrializada y urbana basadas en la racionalidad técnica y burocrática, ni para Foucault ni para nosotros, existe una diferencia entre el oriente "socialista" y el occidente capitalista. Lo que nos interesa subrayar es el hecho de que el poder disciplinario que somete, vigila, excluye, discrimina, normativiza y domeña a los seres humanos, es una realidad masiva y lacerante en el conjunto de instituciones sociales, económicas y políticas que constituyen la vida diaria de las sociedades surgidas o integradas a la modernidad. Así entonces, cuando hablamos de crítica de la sociedad capitalista, nos referimos al conjunto de sociedades existentes en el mundo contemporáneo urbano-industrial.

Debido a que no consideramos válidos los intentos de resumir "objetivamente" cualquier teoría, ya que toda lectura es subjetiva y está signada por el momento histórico que se vive y por valoraciones culturales y políticas específicas, hemos decidido efectuar una lectura crítica de Foucault, la cual no pretende ser la única o la verdadera, ya que ello es una pretensión vana e ilusa; sino que más bien, hemos querido hacer una interpretación que, basándose en los textos concretos de su autor, pueda construir una imagen general de la riqueza teórica de su pensamiento. Desde esta perspectiva, también nos hemos propuesto señalar las insuficiencias conceptuales de su obra, identificándolas justo en el momento de su exposición. Es evidente que en todas aquellas partes donde no objetemos los planteamientos foucaultianos, se debe al hecho de que coincidimos

con ellos.

En esta reflexión sobre la teoría foucaultiana del poder, hemos intentado construir una aproximación a su obra que reivindique y destaque lo que nos ha parecido fundamental y digno de recuperación teórico-política, pero siempre con la preocupación y convicción de que ningún pensador, científico o político debe, por más genial que sea o entusiasmo que nos motive, convertirse en un ídolo sacrosanto, en un sustituto de Dios o del Padre, generador de recompensas y portador de la seguridad y salvación de nuestra falibilidad como seres mortales. Ni Foucault, ni Marx, ni Freud, ni Cioran, ni Joyce, deben erigirse en pequeños dioses todopoderosos, en mitos supremos poseedores del saber absoluto.

Afortunadamente, la lectura de la obra de Foucault tiene la enorme ventaja de ser, entre otras cosas, una invitación permanente a la desmistificación de la ciencia como panacea universal de todas las cosas y a los teóricos como modernos Mesías del saber; también puede considerarse como una exhortación a los lectores para que conviertan al conocimiento en una reflexión intelectual siempre original e individual, en un medio para lograr hacer de nuestra vida un arte del buen vivir, y en un camino que nos permita autoafirmarnos como sujetos libres, capaces de imaginar y luchar a favor de una sociedad menos corrompida por el ejercicio del poder.

I.- DE LA ARQUEOLOGIA A LA GENEALOGIA

"Hasta cierto punto, las únicas cosas seguras de una resistencia clan destina al despotismo totalitario son las de los sueños".

George Steiner

1.1. *Las Tres Etapas Técnicas de Foucault: el Discurso, el Poder y la Moral*

La obra vasta y fecunda de Michel Foucault puede dividirse en tres grandes campos discursivos que guardan entre sí una rica variedad de lazos de continuidad y discontinuidad, de diferencias y semejanzas, de identidades y rupturas.

Por fortuna, Foucault no fue un pensador que permaneciera idéntico a sí mismo durante toda su obra; al contrario, en lugar de haber descubierto la Verdad de todas las cosas desde sus primeros escritos, se caracterizó por ser un intelectual siempre cambiante: de progresos y retrocesos, de reiteraciones y autocríticas, de variabilidad de intereses y de multiplicidad de respuestas a las mismas o a diferentes preguntas e inquietudes.

Si el conjunto de su prolífica obra fuera una simple repetición o profundización de lo escrito en los dos o tres primeros libros, seguramente que jamás hubiera llegado a interesarnos la investigación y discusión de su pensamiento.

El primer campo discursivo, que configura la visión arqueológica, está fundamentalmente referido a las reglas internas de las formaciones discursivas, y va desde Enfermedad mental y personalidad (1954), pasando por Historia de la locura en la época clásica (1961), Las palabras y las cosas (1965) y El nacimiento de la clínica (1963), hasta llegar a La arqueología del saber (1969).⁽¹⁾

La segunda etapa discursiva se refiere a lo que llamaremos la predominancia de la visión genealógica, es decir, la preocupación de Foucault por comprender las tácticas y estrategias que utiliza el poder. En lugar de explicar el discurso mediante conceptos como archivo, monumento, emergencia, etc., ahora utiliza un nuevo léxico: el de dispositivo, maquinaria, guerra, lucha.

El cambio de perspectiva teórica: de la arqueología a la genealogía; y la modificación de la preocupación temática esencial: de la reglamentación del saber a partir de la formación de una episteme hacia la indagación de las técnicas y dispositivos del poder, tienen su probable explicación histórica en tres acontecimientos importantes:

- 1) La experiencia de la manifestación política-contestataria de los estudiantes, obreros y grupos marginados durante mayo de 1968;
- 2) El trabajo de Foucault con el Grupo de Información sobre las prisiones (G.I.P.) en el año de 1971; y, por último,
- 3) La relectura sistemática de Nietzsche, efectuada a fines de los años sesentas, la cual propició el interés prioritario de Foucault por la voluntad de poder-saber a partir de la perspectiva genealógica. (2)

Los textos que pertenecen a este segundo arco teórico son: El orden del discurso (1970), que es un opúsculo de transición entre el primer y el segundo período; Nietzsche y

la genealogía de la historia (1971), Vigilar y castigar (1975); y el primer volumen de la Historia de la sexualidad (1976).⁽³⁾

La tercera modalidad del discurso de Foucault se produce en el transcurso de la propia investigación sobre la sexualidad, que temáticamente pertenece a la problemática del poder. Sin embargo, después de haber publicado el primer volumen de una serie de seis libros programados, Foucault confiesa el aburrimiento que le produce la temática del sexo,⁽⁴⁾ y comienza a interesarse más por la subjetividad de los individuos (la relación consigo mismo) ligándola a la ética. La preocupación de Foucault consiste ahora en elaborar una ontología histórica sobre las técnicas del yo, las cuales, según él, convierten a los hombres en agentes morales.⁽⁵⁾ Los textos que pertenecen a esta última manifestación teórica de Foucault, son: El uso de los placeres, que aunque aparece como volumen segundo de la Historia de la sexualidad, en realidad se aparta temáticamente del proyecto original que tenía Foucault; y, fundamentalmente, El interés por sí mismo.

Aunque nuestro tema de investigación gira en torno de la problemática del poder, es decir, alrededor de los textos pertenecientes a la segunda etapa discursiva que va de 1970 a 1976, sin embargo, hemos considerado indispensable hacer una mínima referencia a los planteamientos teóricos expuestos en el período arqueológico, con el objeto de poder precisar cuáles son los lazos teóricos de continuidad y los momentos de ruptura entre las dos diferentes modalidades de su pensamiento.

1.2. Continuidad y Discontinuidad entre la Arqueología y la Genealogía

Quizás lo más importante del discurso foucaultiano durante su etapa arqueológica sea la crítica de la concepción trascendental de la historia, la cual postula la existencia de un origen y un final de las cosas. Foucault rechaza cualquier forma de teleología y causalismo, renuncia al concepto lineal de devenir y progreso, y se aparta del planteamiento de la totalidad como ámbito central de actuación de un macro-sujeto racional.⁽⁶⁾

La arqueología intenta descubrir cómo es y cómo se da en los discursos la relación de desfases y discontinuidades, de remanencias simultáneas y específicas que coexisten en un mismo tiempo y espacio históricos. Foucault quiere definir cuáles son las reglas, transformaciones y umbrales que proliferan en los sistemas. Se opone, pues, a la noción unitaria y totalizante de un discurso omnicompreensivo, siempre lineal y en permanente desarrollo lógico.

Frente a la continuidad se subraya la discontinuidad, con relación a la unidad se ^{le de prioridad a} prioriza la diferencia, en vez de la totalidad se reivindica la dispersión y la autonomía.

Foucault es fundamentalmente un pensador pluralista: rechaza la identificación absoluta y detesta la homogenización de lo heteroformo. Busca, en definitiva, cuestionar la tradicional concepción historicista del devenir, a la cual sustituye

ye por el análisis de las transformaciones y discontinuidades de los discursos en su especificidad.

No existe, en este sentido, la teleología en la historia, no hay una historia con un origen privilegiado y un final prefijado de antemano. Lo que sucede en la realidad es la presencia de varios discursos, de muchas historias discontinuas con múltiples orígenes, con infinitas posibilidades de futuro. La realidad no es otra cosa que la relación de muchas prácticas discontinuas en donde el azar, lo contingente y lo inesperado también juegan un papel importante en la determinación del acontecer social.

Cualquier discurso aparece como un conjunto variable de enunciados que conforman una estructura específica y movable. Foucault se propone describir las relaciones de coexistencia de los enunciados, el sistema reglamentado de diferencias y dispersiones, el campo de posibilidades estratégicas que constituyen una red teórica particular, el papel que el discurso desempeña en el juego de valores afectados y la forma como los enunciados discursivos son convertidos en prácticas o conductas sociales dentro de un determinado sistema de institucionalización.⁽⁷⁾

La arqueología del saber es un método de análisis del discurso que investiga el conjunto de reglas generales, las cuales determinan las relaciones múltiples entre los enunciados que constituyen el saber de una época.

Los discursos son dominios prácticos limitados, tienen sus específicas reglas de formación, sus particulares condi

ciones de existencia, y forman parte de un juego de dependencias y correlaciones cambiantes. Aunque los discursos se remiten a un campo general unitario, sin embargo se caracterizan, según Foucault, por la "perpetua diferencia" interna, por la "no identidad" más que por la continuidad. (8)

Los discursos se forman a partir de un oscuro conjunto de reglas anónimas y no mediante la presencia de una supraconciencia omnisapiente. Desafortunadamente para el narcisismo racionalista de los teóricos tradicionales, resulta intolerable admitir que los discursos obedecen y se generan mediante reglas y combinación de correspondencias que no pueden ser controladas consciente y totalmente por los intelectuales.

La relativa autonomía y el anonimato de los discursos frente a sus autores es, seguramente, uno de los temas fundamentales de la época arqueológica. Esta trascendencia del discurso respecto de sus creadores no es aceptada por los intelectuales, quienes siempre han estado acostumbrados a pensar a los discursos como algo que les pertenece, producto exclusivo de su voluntad, y camino seguro para intentar superar el temor a la muerte mediante la anhelada inmortalidad, la cual se lograría con la presencia de la firma autoral sobre el escrito en tanto que testimonio de la presencia del sujeto individual, del creador, en sus obras. (9)

Foucault analiza la compleja relación entre el autor y su obra con el objeto de desmistificar la centralidad del sujeto. Sin embargo, aunque son evidentes las aportaciones del

método arqueológico en la crítica del sujeto trascendente, no debemos por ello caer, como lo hacen los estructuralistas, en la crítica absoluta y radical del sujeto ontológico y epistemológico, el cual, al margen de las distorsiones y mitificaciones que sufre en manos de los historicistas y racionalistas, cumple un papel innegable en la relación práctico social dentro de la cual se inscribe el proceso de conocimiento.

La crítica sin concesiones a la subjetividad,⁽¹⁰⁾ es precisamente uno de los puntos más problemáticos de La arqueología del saber. Según Foucault, el discurso debe referirse no al pensamiento del sujeto creador de los enunciados, sino más bien, tiene que remitirse al campo práctico en el que se despliega. La voluntad de los autores es superada por las reglas de formación de los discursos, al grado de que puede o debe prescindirse del tema de la subjetividad-creatividad como elemento explicativo del funcionamiento teórico-epistemológico.⁽¹¹⁾

El aspecto problemático de la tesis estructuralista⁽¹²⁾ de Foucault, reside en el hecho de que jamás podrá hacerse un análisis completo del discurso si se prescinde de la relación específica autor-obra, sujeto-objeto del conocimiento.

El conocimiento es un fenómeno que pertenece al proceso práctico-social de creación de la realidad histórica por parte de un sujeto transindividual: los hombres y mujeres concretos que proyectan fines en su praxis particular y colectiva con la intención de crear, conservar y transformar una sociedad históricamente determinada.⁽¹³⁾

El proceso práctico de construcción de la sociedad corre paralelo o es dialéctico, a pesar de sus diferencias y discontinuidades, respecto del trabajo intelectual consistente en elaborar conceptos o enunciados. En este sentido, resulta imposible escindir a los objetos sociales de sus productores intelectuales, es inadecuado pretender disociar totalmente (aunque si es factible distinguirlos) al sujeto del conocimiento respecto del objeto que es individual o colectivamente conocido y conceptualizado, siempre en el marco de la actividad práctico-social que contextúa los mecanismos específicos del trabajo teórico y científico.

La imposibilidad de disociar al autor de su obra se aprecia más enfáticamente en el caso de la producción artística que en el de la propiamente científica-discursiva. En cualquiera de los casos, la relación particular entre el genio, irrepetible en su especificidad, respecto de su obra, la cual puede considerarse como un universo unitario y relativamente independiente de su autor, es justamente el problema que debe esclarecerse sin caer en la mistificación del sujeto o en la negación radical de su papel en el proceso ontopraxeológico.⁽¹⁴⁾

La obra teórica o artística ilumina la vida de su autor, así como la biografía del creador nos da pautas explicativas sobre los contenidos implícitos en el objeto creado.

En todo caso, aunque sean las reglas de formación del discurso independientes del autor, lo que sí es incuestionable es el hecho de que la subjetividad, traducida en términos

de genialidad, azar, irrepitibilidad y contingencia, siempre está presente como relación singular entre Joyce y el Ulises, entre Picasso y el Guernica o entre Kafka y La metamorfosis.

La genialidad de los autores, la forma como expresan su sensibilidad, como manifiestan su personalidad, el acto mismo de la creación materializado en obras específicas e irrepitibles, no puede simplemente explicarse por la pertenencia a tal o cual clase social, ni por la arqueología discontinua de reglas que determinan la emergencia de los discursos. Esto es justamente lo que se les escapa a los estructuralistas, quienes se apresuraron a decretar la muerte del autor. (15)

Aunque Foucault siempre negó su pertenencia al estructuralismo, e incluso se deslindó diciendo que, al contrario de esta corriente, él no buscaba las leyes de construcción estructurales de los discursos, sino sólo las leyes de existencia de los enunciados, (16) sin embargo, su pertenencia real, por encima de su expresa voluntad, nos resulta evidente en varios puntos. (17)

Ciertamente, pueden señalarse muchas diferencias entre Lévi Strauss, Lacan, Barthes, Althusser, Godelier, Derrida y Foucault, (18) pero también son muchas las semejanzas por las cuales se les consideró pertenecientes a la corriente estructuralista.

Algunos de estos temas que, más allá de las diferencias, los identificaron como estructuralistas, son los siguientes:

tes:

- 1) La crítica del humanismo y del antropologismo filosófico por su tendencia a mistificar al individuo como sujeto trascendente de la historia. (19)
- 2) El consenso sobre la necesidad de prescindir de la subjetividad como elemento explicativo de los diferentes discursos. Es decir, los estructuralistas promulgaron la muerte del autor como parámetro referencial de intelección de las obras.
- 3) La utilización del concepto de discontinuidad, entendido como ruptura epistemológica, frente a la interpretación progresiva y teleológica de la historia y de las ciencias.
- 4) Y, con la excepción de Foucault, la prioridad de la estructura y la sincronía sobre la historia y la diacronía como perspectiva teórica para el análisis de los hechos sociales.

Por lo menos estos cuatro elementos persistieron y convivieron como identidad sacrosanta en los diferentes campos del saber estructuralista.

Para concluir diremos que la crítica de Foucault a la subjetividad no es de ninguna manera falsa, sino que más bien, es demasiado radical, se va al extremo opuesto: frente a la mistificación del sujeto epistemológico por parte de los historicistas, los estructuralistas subestiman su importancia como elemento indispensable en el proceso de creación y conocimiento de la realidad.

Durante los años 1969-1970 se da la transición metodológica de Foucault que va de la arqueología a la genealogía. Pero más que una modificación estricta en los métodos de aprehensión del objeto teórico, nos encontramos con una variación en las prioridades temáticas de reflexión: en lugar de insistir en el viejo proyecto de hacer una historia arqueológica de las ciencias, Foucault comienza a preocuparse por investigar la relación genealógica del poder con el saber, en tanto que fenómenos productores de verdad.

En esta nueva perspectiva genealógica ya no le interesa precisar cuáles son las reglas de los enunciados discursivos, y en qué consiste la red teórica que hace emerger los discursos de la psiquiatría y la medicina bajo la forma de reglamentos institucionales y medidas administrativas, como en Historia de la locura y El nacimiento de la clínica,⁽²⁰⁾ ahora, lo que intenta Foucault es el análisis de la maquinaria de poder entendida como una específica tecnología con tácticas y estrategias, las cuales a su vez generan un discurso que se impone como verdad.

No queremos plantear que el problema del poder no es té presente en la obra de Foucault antes de 1970, pues es evidente que sí lo está y de manera muy importante, aunque aparezca más bajo una forma implícita que explícita. Tampoco diríamos que la concepción arqueológica del discurso es inexistente en las obras que conceptualizan las prácticas de poder. Está claro que lo que busca Foucault es justamente definir cómo el poder se vuelve un saber que se instaura como verdad, y cómo a

través de ésta se legitima la existencia de la exclusión, el dominio y la punición en el cuerpo social, para lo cual la visión discontinua de la arqueología resulta ser de mucha utilidad metodológica.

Sin embargo, lo único que hemos querido establecer es el cambio temático de prioridades y preocupaciones intelectuales, ⁽²¹⁾ los matices teóricos y políticos introducidos en las obras y el diferente énfasis impuesto a los mismos o a distintos problemas teóricos. Por lo demás, creemos que es una verdadera virtud del intelectual consecuente, el estar en permanente cuestionamiento y constante modificación de su pensamiento, así como la de persistir en la crítica y autocrítica de lo teorizado en el pasado. Es lamentable, por el contrario, permanecer siempre idéntico a sí mismo, sin ninguna clase de modificación y superación de lo ya escrito o pensado.

Afortunadamente, Foucault fue un pensador que no tuvo reparos en aceptar que estaba equivocado y que había modificado con gusto y honestidad sus puntos de vista anteriores. ⁽²²⁾

La genealogía, el método que es utilizado en los textos foucaultianos que giran en torno del poder, se caracteriza por el establecimiento de una específica vinculación del saber erudito con el saber de la gente, entendido este último como forma de conocimiento local, regional, crítico y diferencial. La genealogía rechaza el saber científico totalizador que remi-

te cualquier conocimiento a un centro básico de explicación.

Frente al saber científico que jerarquiza, formaliza y cualifica, Foucault prefiere el saber genealógico, siempre circulante, específico, autónomo y sin pretensiones de verdad absoluta y deseos de hegemonía sobre los otros saberes existentes. (23)

La genealogía aparece, pues, como aquella concepción que retoma el conjunto de saberes locales, fragmentados y ramificados, en los cuales se atestigüa la presencia del poder y de las formas de resistencia frente al mismo.

En vez de construir una ciencia unitaria y totalizadora que descalifique y excluya al saber no erudito, Foucault propone la recuperación del saber de la gente en sus manifestaciones microfísicas: ahí donde se presenta bajo la forma de relaciones de fuerza, como conjunto de prácticas de poder a partir de específicas tácticas y estrategias de lucha y guerra. (24)

Es importante aclarar que aunque hemos diferenciado la etapa arqueológica de la genealógica, no por ello hacemos omisión de los diferentes lazos de continuidad que atraviesan el conjunto de la obra foucaultiana. Algunos de los elementos que permanecen constantes serían los siguientes:

- 1) La valiosa crítica del macrosujeto epistemológico, concebido como ente portador del sentido unitario y total de la historia en tanto que logos trascendente.
- 2) El rechazo justificado de la interpretación teleológica y

causalista de la historia, que postula la existencia de un sólo origen y un único final al cual se dirige la sociedad.

- 3) El correcto distanciamiento frente a la mayoría de los intelectuales, los cuales pretenden crear una ciencia totalizadora que remita el conocimiento a la presencia de un centro hegemónico ordenador y esclarecedor de todas las cosas.
- 4) El repudio acertado de aquellas concepciones que mistifican la continuidad, el progreso y la noción de devenir, olvidándose de las discontinuidades, la dispersión, las diferencias y la relatividad implícitas en todos los actos que constituyen la práctica social.

La presencia del espíritu crítico y autocrítico, así como su constante búsqueda de nuevos planteamientos teóricos, se pueden corroborar en el hecho de que sus últimos escritos trataron sobre temas inéditos en su obra como: las técnicas de yo, el arte del buen vivir como manifestación del sí mismo y la moral en tanto que fundamento del deseo, el placer y el poder. (25)

Estas temáticas le preocuparon a Foucault durante los últimos años de su vida, y ellas representaron, en muchos sentidos, una verdadera reivindicación de la importancia de la subjetividad individual y colectiva en el hacer y el pensar sociales, problema teórico al cual, como hemos visto, había subestimado durante su etapa arqueológico-estructuralista.

NOTAS DEL CAPITULO PRIMERO

- 1.- Para precisar los temas centrales de este período teórico, véase: M. Foucault, La arqueología del saber, Ed. Siglo XXI, México, 1976, pp. 106 y 107.
- 2.- Al respecto, véase: Miguel Morey, Sexo, Verdad y Poder, Ed. Materiales, Barcelona, 1978, pp. 48 y 49.
- 3.- Tanto M. Morey como O. Terán dividen claramente el período arqueológico del genealógico, utilizando los mismos textos y las mismas fechas que aquí nosotros retomamos de ellos; sin embargo, sus esquemas no abarcan lo que nosotros configuramos en una tercera etapa, debido a que cuando publicaron sus libros, todavía no se habían editado los dos últimos ensayos de Foucault. Cfr. M. Morey, *op. cit.*, pp. 25-26 y M. Foucault, El discurso del poder, Ed. Folios, México, 1973, p. 13.
- 4.- Cfr. H. Dreyfus y P. Rabinow. "Una genealogía de la sexualidad", entrevista con Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, 18 de julio, 1984, p. 44.
- 5.- Cfr. ibid., p. 47.
- 6.- Cfr. M. Foucault. La arqueología del saber, *ob. cit.* p.p. 3-9; y Foucault, "Respuesta al Círculo de Epistemología", en P. Burgelin y otros, Análisis de Michel Foucault, Ed. Tiempo Contemporáneo, B.A., 1970, pp. 223, 224, 225.
- 7.- Cfr. "Respuesta al Círculo...", *ob. cit.*, p. 237.
- 8.- Cfr. ibid., p. 253.
- 9.- Cfr. M. Foucault. "Respuesta a una pregunta", en M. Foucault y otros, Dialéctica y libertad, Ed. Fernando Torres, Valencia, 1976, pp. 45-46-47.

- 10.- Cfr. M. Foucault. La arqueología..., ob. cit., p. 90.
- 11.- Cfr. M. Foucault. "Respuesta a una pregunta", ob. cit., p. 26; y La arqueología..., ob. cit., pp. 47, 49, 90, 104, 335.
- 12.- Para documentar la pertenencia de Foucault al estructuralismo, véase P. Caruso. Conversaciones con Levi Strauss, Foucault y Lacan, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969, pp. 84-86.
- 13.- Cfr. K. Kosik. Dialéctica de lo concreto, Ed. Grijalbo, México, 1976, primer capítulo, pp. 25-83.
- 14.- Cfr. J. Zeleny. La estructura lógica de "El Capital" de Marx, Grijalbo, Barcelona, 1968, parte I y II.
- 15.- Cfr. M. Foucault. La arqueología..., ob. cit., pp. 47, 49, 104.
- 16.- Cfr. M. Foucault. "Respuesta a una pregunta", ob. cit., p. 26.
- 17.- En diversas partes de La arqueología del saber, Foucault relaciona su metodología con el estructuralismo, cfr., pp. 18, 25, 27.
- 18.- Por ejemplo, frente a la concepción estructuralista, Foucault siempre rechazó la antítesis de estructura y devenir, de sincronía y diacronía.
- 19.- La crítica de Foucault al humanismo puede verse en Conversaciones con Levi Strauss..., ob. cit., pp. 76 y 86.

- 20.- En La arqueología... Foucault precisa que en La historia de la locura "se trataba de describir ante todo, para fijar los puntos de referencia del conjunto del discurso psiquiátrico en su especificidad, la formación de objetos". En referencia a El nacimiento de la clínica, dice que "el punto esencial de la investigación era la manera en que se había superado, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, las formas de enunciación del discurso médico", cfr., ob. cit., pp. 106-107.
- 21.- En La historia de la locura lo que le interesa a Foucault es "el juego de reglas que definen las transformaciones de los objetos (...) La discontinuidad que suspende su permanencia". En Las palabras y las cosas "el objeto de estudio lo constituían, en su parte principal, las redes de conceptos y sus reglas de formación (idénticas o diferentes), tales como podían localizarse en la Gramática General, la Historia y el Análisis de las riquezas". Cfr. La arqueología..., op. cit., pp. 53 y 107. La prioridad temática en estas obras no es, pues, las prácticas del poder.
- 22.- Al responder a una pregunta sobre la oposición entre el Ars erótica y la ciencia de la sexualidad, tesis que sustentó en la Historia de la sexualidad, Foucault responde: "Lo que dije de este Ars erótica en ese libro es uno de los numerosos puntos sobre los que me equivoqué". Cfr. H. Dreyfus, P. Rabinow. "El sexo como moral", Revista de la U.N.A.M., agosto, 1984, p. 37.
- 23.- Cfr. M. Foucault. Microfísica del poder, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980, pp. 129, 130, 131.
- 24.- Cfr. ibid., p. 180.
- 25.- Cfr. Francois Ewald. "El interés por la verdad", Entre vista con M. Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, 26 de septiembre, 1984, p. 36

2.- DEFINICION GENERAL DEL PODER

"El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo. No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura. El objeto de la persecución no es más que la persecución misma. La tortura sólo tiene como finalidad la misma tortura. Y el objeto del poder no es más que el poder".

"1984" de
George Orwell

2.1.- El Poder como Tecnología

El poder es, según Foucault, una vasta tecnología que atraviesa al conjunto de relaciones sociales; una maquinaria que produce efectos de dominación a partir de un cierto tipo peculiar de estrategias y tácticas específicas.⁽¹⁾

Las técnicas de funcionamiento del poder cruzan transversalmente los cuerpos y las almas de los individuos dominantes o dominados; nadie escapa a la dinámica y proliferante tecnología del poder.⁽²⁾

Aunque el poder transita horizontalmente, se convierte en actitudes, gestos, prácticas y produce efectos, no se encuentra localizado y fijado eternamente, no está nunca en manos o es propiedad de ciertos individuos, clases o instituciones.⁽³⁾

En su célebre diálogo con Deleuze, Foucault dice que "por todas partes en donde existe poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es el titular de él; y sin embargo, se ejerce siempre en una determinada dirección, con los unos de una parte y los otros de otra".⁽⁴⁾

De acuerdo con esta lógica, el poder se difunde cotidianamente mediante infinitos mecanismos y prácticas sociales, los cuales, al actuar, producen un conjunto de relaciones móviles que siempre son asimétricas.⁽⁵⁾

Desafortunadamente para sus lectores, Foucault no precisa teóricamente cómo es posible que el poder atraviese a

los individuos y a las instituciones sin localizarse al mismo tiempo en ellos. Al respecto, afirma que "el poder ya no se identifica sustancialmente con un individuo que lo ejercería o lo poseería en virtud de su nacimiento; se convierte en una maquinaria de la que nadie es titular". (6)

La brillante aportación foucaultiana de concebir al poder como una inmensa red de relaciones intangibles, como un haz de dispositivos de lucha y dominación, no debería ocultarle el hecho de que, en ciertos momentos históricos, el poder no sólo atraviesa a los individuos y a las instituciones, sino que también se corporiza en éstas y se personifica en aquéllos.

Existe una falsa antinomia en el planteamiento de Foucault: o el poder se posee y es por ello estático, o, por el contrario, transita y cruza transversalmente los cuerpos. Evidentemente, no hay razón para contraponer radicalmente una cuestión a la otra, ya que la realidad nos demuestra que instituciones como el Estado, la familia, la escuela y la iglesia se encuentran atravesadas por el poder en tal medida, que éste se interioriza al grado de volverse consustancial a ellas. El poder, por más movable, reticular e intangible que sea, también se materializa y concretiza en la función y práctica de las instituciones.

De manera similar: el reivindicar la visión foucaultiana de que el poder se ejerce y es cambiante, no tiene por qué llevarnos a la conclusión de que el poder no pueda poseerse, adquirirse y perderse en ciertos momentos históricos. Un presi

dente, un dictador, una clase social, algún partido político, pueden ejercer y poseer el poder en un mismo tiempo. En la mayoría de las ocasiones, la práctica del poder resulta inseparable de los sujetos que lo representan, como se demuestra en los casos de los dictadores o los líderes carismáticos: Julio César, Napoleón, Lenin, Hitler, Castro. También es cierto que la identidad casi absoluta del poder con ciertas formas de gobierno o con determinados partidos políticos, como en los ejemplos del despotismo oriental, del poder de los bolcheviques en la U.R.S.S., o el del P.R.I. en México, vuelve problemática la tesis foucaultiana de que el poder no se posee debido a su carácter movable y circular.

El hecho de que nadie sea propietario absoluto del poder, de que éste sea transitorio y sumamente movable, de que el poder sea una relación estratégica compleja e intercambiable, no implica que no se deba precisar quién tiene el dominio, quién se resiste, quiénes son los que hacen funcionar la maquinaria del poder y por cuánto tiempo.

Foucault subestima la importancia que tienen los sujetos o instituciones que ejercen el poder y sobrevalora las prácticas y las estrategias de poder que condicionan la actuación de los individuos que se hacen cargo de su funcionamiento. Hay momentos y circunstancias históricas en donde la maquinaria de poder resulta ser inseparable de las personas e instituciones que la crearon y la manejan cotidianamente.

Se puede afirmar, siguiendo a Foucault, que el poder

es dinámico, cambiante, reticular, y que nunca conforma una substancia que se posea como un bien; pero, a diferencia del autor de Vigilar y castigar, debemos insistir en el hecho de que el poder también se fija y localiza en los individuos y en las instituciones, ya que no podemos olvidar que son ciertos su jetos quienes crean y hacen funcionar las maquinarias de poder.

Así como es necesario estudiar la tecnología de poder en su funcionamiento estratégico específico, así también de bemos descubrir la correlación existente entre la maquinaria de poder, las instituciones y los individuos.

2.2.- *El Poder como Relación Desigual de Fuerzas, como Guerra*

El poder existe únicamente en acto, no es una sustancia o esencia definitiva, sino una relación y un ejercicio desi gual de fuerzas.

Foucault no considera adecuado analizar el poder a partir de conceptos como alienación o represión; para él, lo fundamental del poder reside en su modalidad de lucha y enfrentamiento de fuerzas distintas. El poder, en este sentido, sería una especie de guerra perpetua, continuada con otros medios diferentes a los del conflicto bélico tradicional. (7)

La existencia del poder nos demuestra la presencia de una específica relación de fuerzas en la sociedad; lo esencial de su ejercicio consiste en reproducir permanentemente los

desequilibrios y la dominación establecidos durante la guerra.

El poder se define, pues, como prolongación "pacífica" de la guerra o como guerra silenciosa cuya misión básica es la de fortalecer y recrear las fuerzas desiguales en todos los ámbitos de la sociedad: la economía, la política, el lenguaje, los cuerpos, etc.

La política, para Foucault, no es otra cosa que la forma mediante la cual una sociedad logra reproducir los desequilibrios entre las fuerzas que se manifiestan durante la guerra.⁽⁸⁾ Luchar por el poder, conseguirlo, mantenerlo y perderlo son, siempre, episodios, fragmentos, desplazamientos naturales de la guerra.

A la concepción foucaultiana del poder se le puede hacer otra crítica: Aunque, ciertamente, todo poder implica una lucha y un enfrentamiento de fuerzas, sin embargo es posible encontrar manifestaciones de poder que no están signadas por la guerra, nos referimos a formas de poder a las cuales Etienne de La Boétie denomina "servidumbre voluntaria".⁽⁹⁾ Efectivamente, cuando un conjunto de individuos deciden conscientemente, por enajenación, manipulación ideológica, fe, o por simple pragmatismo, someterse a otros hombres o a las instituciones establecidas, entonces se produce una relación de poder-dominio diferente a la existente en la mayoría de los casos en donde, efectivamente, como afirma Foucault, el poder se caracteriza por ser una lucha entre fuerzas asimétricas en donde una de ellas somete a la otra mediante el uso de la coersión.

2.3.- *Donde Hay Poder Hay Resistencia*

El poder y la resistencia se encuentran en una relación de interioridad, cualquier ejercicio de poder genera, automáticamente, una resistencia frente al mismo por parte de los sujetos sometidos o dominados.

En la compleja red de poder siempre encontraremos una gran multiplicidad de puntos de resistencia al poder. No hay, según Foucault, un centro o punto de gran rechazo contra el dominio. Así como el poder no existe en un sólo ámbito específico, sino que se encuentra ramificado y atomizado, así también, los espacios de resistencia se hallan diversificados y accionados como respuestas directas frente a la infinidad de micropoderes prevaletentes.

Las formas de la resistencia son variables: pueden ser orgánicas o espontáneas, pacíficas o violentas, permanentes o esporádicas, colectivas o individuales. Pero siempre, las resistencias se suceden como respuestas específicas a los micropoderes, los cuales existen dialectizados en el marco más amplio constituido por el campo estratégico del poder. (10)

Al concebir el poder como enfrentamiento de fuerzas y como estrategias de lucha que generan resistencias, Foucault se olvida de formas políticas de dominación que no necesariamente implican los conceptos de fuerza y resistencia; por ejemplo, la dominación política de las masas a partir de la fe que le tienen a los líderes carismáticos. El proceso de fascinación,

de verdadera mistificación que provoca un líder en la masa puede estar acompañado y reforzado por mecanismos de presión política, de chantaje, de intimidación y manipulación, pero el éxtasis de la masa, su fe, adoración y sumisión al líder no pueden ser explicados solamente mediante los conceptos foucaultianos de lucha y resistencia.

Los tipos de dominación que analiza Max Weber: el tradicional, el carismático y el legal-burocrático,⁽¹¹⁾ nos revelan que el fenómeno general del poder involucra una relación dominantes-dominados bastante más compleja que lo que presuponen las categorías de Foucault.

En vista de que no toma en consideración el complejo problema de la subjetividad, Foucault no está en condiciones de analizar otras variables fundamentales del poder, como son las de la servidumbre voluntaria, el proceso de seducción erótica, la dominación religiosa a partir de la fe de los creyentes, la interiorización del poder mediante la asimilación de la ley del padre que sucede en toda familia según Freud,⁽¹²⁾ o la manifestación del poder como proyección de la paranoia y el temor a la muerte como la explica Elías Canetti.⁽¹³⁾

Ciertamente, es imposible que un sólo teórico pueda dar cuenta de la infinidad de formas a través de las cuales se enmascara y aparece el poder a lo largo de la historia. Y aunque la interpretación foucaultiana puede parecerse limitada e insuficiente, no por ello deja de ser menos cierta y valiosa en su ámbito específico de teorización sobre el poder en la socie-

dad.

2.4.- *El Poder como Gobierno*

Foucault intenta demostrar la inexistencia de un po
der central, constituido en referencia exclusiva y privilegia-
da al quehacer político. Al contrario de las teorías tradicio-
nales de la ciencia política, advierte la presencia de una in-
mensa diversidad de formas de poder. Es, precisamente debido
a esta multiplicidad de prácticas de la dominación, que la pre-
gunta sobre cómo se ejerce el poder resulta más importante que
la interrogante respecto de quién efectúa o personifica al po-
der. (14)

Mediante la investigación sobre la forma como funcio
na el poder, los efectos que produce, la variabilidad de sus
tácticas y estrategias, Foucault arriba a la comprensión de que
todo poder es un modo de acción de unos sobre otros. Se ejer-
ce el poder cuando unos individuos son capaces de "gobernar y
dirigir las conductas" (15) de los otros. Conducir conductas
significa gobernar, y gobernar, para Foucault, constituye la
forma más acabada del poder.

La sociedad crea, en este sentido, una compleja red
de relaciones sociales en donde las instituciones se dedican a
modelar las conductas de los hijos, los educandos, los presos,
los enfermos, los trabajadores, etc.; se trata de que el go-
bierno impere en toda la sociedad, determinando con ello cual-

quier posibilidad de actuación de los individuos.

Gobernar, según Foucault, conforma una práctica política a través de la cual se estructura el campo de acción eventual de quienes reciben los mensajes emitidos por el poder. Cualquier modalidad de gobierno configura un cierto arte de "conducir conductas", implica una manera distintiva de "actuar sobre la acción de los otros" con el objeto de edificar una disciplina.

El poder como gobierno no conlleva, sin embargo, la idea de un sometimiento absoluto de la conducta de los seres sociales; el poder se enfrenta a sus propios límites: la posibilidad de la rebeldía, de la contestación, del autosacrificio, del suicidio como formas de resistencia y contrapoder por parte de los individuos sometidos a él. Foucault explica muy bien esta alternativa de rechazo al poder utilizando para ello su concepto de gobierno: "La característica más notable del poder es que algunos hombres pueden, más o menos por completo, determinar la conducta de otros hombres -pero nunca exhaustiva ni coercitivamente. Un hombre que es encadenado y golpeado está sujeto a la fuerza que se ejecuta sobre él. No al poder. Pero si puede ser inducido a hablar, cuando su último recurso podría haber sido mordorse la lengua y preferir la muerte, entonces ha sido orillado a actuar de cierto modo. Su libertad ha sido sujeta al poder. Ha sido sometido al gobierno". (16)

A pesar de que todavía, en algunos círculos académicos, se niega la importancia de las aportaciones de Foucault al

pensamiento y a la práctica política de nuestro tiempo, para nosotros resulta evidente que su concepto de poder como gobierno así como su investigación sobre la disciplina en la sociedad capitalista, son una clara demostración de la vigencia y riqueza de su obra.

2.5. De la Microfísica a la Macrofísica del Poder

2.5.1.- La Microfísica

La teoría de Foucault sobre el poder desarrolla una vasta perspectiva teórico-política. El poder generalmente es comprendido a través del estudio del aparato estatal o de las relaciones económicas de explotación. Apartándose de esta línea tradicional de las disciplinas sociales, Foucault prefiere investigarlo "en sus extremidades, en sus confines últimos, allí donde se vuelve capilar, de asirlo en sus formas e instituciones más regionales, más locales, (...) allí donde adopta la forma de técnicas". (17)

La comprensión del poder microfísico posibilita la construcción de un concepto más amplio y profundo de revolución social. No es suficiente la toma del poder estatal, no sólo hay que socializar la producción y terminar con la propiedad privada; la revolución necesariamente implica una transformación de los micropoderes diversos que constituyen la sociedad: la familia, la escuela, los hospitales, la iglesia, la cárcel, etc.

Después el movimiento político de 1968, de experiencias como la Primavera de Praga en Checoslovaquia o la del sindicato Solidaridad en Polonia que nos hablan del resurgimiento de un socialismo crítico, autogestionario y antiestatalista que lucha contra el monolitismo dictatorial de los partidos del "socialismo real", deberían ser evidentes las insuficiencias y la caducidad del viejo concepto bolchevique de revolución.

Una de las aportaciones de Foucault es precisamente la de haberse dado cuenta de que la revolución social debería preocuparse por conocer, resistir y transformar las formas del dominio justamente en el lugar de las prácticas y dispositivos locales del poder, los cuales, ciertamente, constituyen los engranajes del funcionamiento general de la sociedad.

Referirse al poder en su nivel microfísico conlleva la necesidad de analizarlo en su forma capilar de existencia, cuando el poder alcanza y penetra los cuertpos y las almas de los individuos, insertándose y determinando sus gestos y actitudes, su discurso y su vida cotidiana.

Las implicaciones políticas de la concepción del poder microfísico, quedan evidenciadas en la siguiente cita del diálogo de Foucault con Deleuze: "Las mujeres, los prisioneros, los soldados, los enfermos en los hospitales, los homosexuales, han abierto en este momento una lucha específica contra la forma particular del poder, de imposición, de control, que se ejerce sobre ellos. Estas luchas forman parte actual-

mente del movimiento revolucionario, a condición de que sean radicales, sin compromisos ni reformismos, sin tentativas para modelar el mismo poder consiguiendo como máximo un cambio de titular".⁽¹⁸⁾

Para combatir la dominación política es necesario analizar los mecanismos y dispositivos de control, exclusión, normalización y represión de los educandos, presos, enfermos, mujeres, niños, locos. Al respecto, Foucault afirma que "son los instrumentos de exclusión, los aparatos de vigilancia, la medicalización de la sexualidad, de la locura, de la delincuencia, toda esta microfísica de poder, lo que ha tenido (...) un interés para la burguesía"⁽¹⁹⁾ en su afán de reproducir su dominación económica y política.

A la luz de las experiencias políticas totalitarias de los partidos comunistas que han tomado el poder, y después de haber visto cómo los partidos de oposición al capitalismo se convierten en estructuras burocráticas y antidemocráticas de poder que someten a sus propios militantes, Foucault se dió cuenta de que otra de las ventajas que tiene la comprensión del poder desde la perspectiva microfísica, es, precisamente, la de evitar la mimesis, la identificación de los grupos anticapitalistas con la forma centralista y vertical del aparato estatal.⁽²⁰⁾

En vez de copiar las estructuras antidemocráticas de la burocracia estatal, los movimientos revolucionarios deberían crear prácticas políticas totalmente diferentes a las tra

dicionales formas de la dominación del Estado, y por lo tanto, tendrían que caracterizarse por la construcción de organismos esencialmente autogestivos y libertarios.

2.5.2. *La Macrofísica*

A partir de la importancia teórica que Foucault le concede a la microfísica como eje de intelección del poder, se ha difundido la creencia entre sus lectores, de que el discurso foucaultiano es antitético del marxista en la medida en que éste subraya la trascendencia del nivel macrofísico del poder, ya sea a través del análisis general de la lucha entre las clases sociales o como crítica del poder estatal capitalista. Sin embargo, una lectura más atenta de la obra de Foucault nos lleva a la conclusión de que, aunque parte de la microfísica, en verdad nunca pierde de vista las relaciones estratégicas de poder entre la microfísica y la macrofísica.

Si Foucault concibe el poder como un cruce complejo de técnicas, como una red de estrategias y prácticas funcionales que actúan sobre los cuerpos y las almas de los individuos, es evidente que en un momento dado tiene que analizar los poderes locales-capilares no sólo en su especificidad, sino también en su interdependencia y convergencia productora de efectos generales para el conjunto del cuerpo social. (21)

A través de la correlación de lo particular con lo general y de una metodología que transita de abajo hacia arriba, Foucault hace la conexión de microfísica y macrofísica:

"Se debe hacer un análisis ascendente del poder, arrancar de los mecanismos infinitesimales, que tienen su propia historia, su propio proyecto, su propia técnica y táctica, y ver después cómo estos mecanismos de poder han sido y todavía están investidos, colonizados, doblegados, transformados, desplazados, extendidos, etc., por mecanismos más generales y por formas de dominación global (...) hay que analizar la manera como los fenómenos, las técnicas, los procedimientos de poder funcionan en los niveles más bajos (...) pero sobre todo cómo son investidos y anexionados por fenómenos más globales y cómo poderes más generales pueden insertarse en el juego de estas tecnologías al mismo tiempo relativamente autónomas e infinitesimales del poder". (22)

La crítica de Foucault al discurso centralista del poder, al análisis jurídico y a la interpretación estatista del mismo, mediante su teorización sobre la necesidad de estudiarlo en su modalidad microfísica, no le hacen olvidar que el poder se vuelve omnipresente justamente a partir de la autoreproducción y el efecto de conjunto que se genera cuando se dialectizan los diversos poderes microfísicos. (23)

Si se comprende adecuadamente la interrelación de microfísica y macrofísica, estaremos en la capacidad de entender el planteamiento foucaultiano de que el poder no es una institución, ni una estructura, ni tampoco la capacidad de alguien, sino que es, simplemente, una estrategia compleja de prácticas de dominación en una sociedad determinada. (24)

Aunque en sus estudios prioriza y desarrolla el análisis microfísico, Foucault sabe perfectamente que las estrategias microfísicas de dominación tienen una cierta cristalización institucional que se correlaciona con los aparatos estatales y el derecho. (25)

Las relaciones de poder y dominio saturan los intersticios más apartados y minúsculos de la sociedad; es por ello que Foucault puede decir que "una macro y una microfísica del poder han permitido (...) la integración de una dimensión temporal, unitaria, continua, acumulativa en el ejercicio de los controles y prácticas de la dominación". (26)

El conjunto de prácticas microfísicas de dominio forma, según Foucault, el suelo movedizo sobre el cual el poder estatal se erige; ellas, además, crean las condiciones de posibilidad para el funcionamiento adecuado de los poderes globales.

El poder en la familia, la escuela, la cárcel, el hospital, etc., si bien no constituye un simple reflejo o proyección del poder estatal, también es cierto que "para que el Estado funcione como funciona es necesario que haya del hombre a la mujer o del adulto al niño relaciones de dominación bien específicas que tienen su configuración propia y su relativa autonomía". (27)

Los poderes microfísicos y el poder macrofísico estatal juegan un papel condicionante y condicionado entre sí, de forma tal que los procedimientos heteromorfos y locales de

poder son reforzados y transformados por las estrategias globales hasta constituir un efecto coherente y general de dominación con sus respectivas inercias y resistencias.⁽²⁸⁾ Este es el caso del poder disciplinario en el capitalismo y del poder de la soberanía en el feudalismo.

La teoría foucaultiana del poder no subestima la importancia de las relaciones económicas de producción en el estudio de las estrategias y prácticas de poder; Foucault se percata de que los poderes y saberes microfísicos "están firmemente arraigados no sólo en la existencia de los hombres sino también en las relaciones de producción. Esto es así porque para que existan las relaciones de producción que caracterizan a las sociedades capitalistas, es preciso que existan, además de ciertas determinaciones económicas, estas relaciones de poder y estas formas de funcionamiento de saber".⁽²⁹⁾ Hay, pues, una indisociabilidad de economía y política, una imbricación profunda y dinámica de microfísica y macrofísica.⁽³⁰⁾

En sus análisis históricos, Foucault menciona la relación existente entre la renta que pagan los siervos y el ejercicio de la soberanía feudal. Refiriéndose al capitalismo, descubre la interdependencia efectiva que se manifiesta entre la explotación de la fuerza de trabajo de los obreros en las fábricas y el conjunto de prácticas microfísicas que disciplinan y normativizan al proletariado hasta convertirlo en un eficaz agente laboral.⁽³¹⁾

Durante el siglo XVIII, dice Foucault, se inventaron

las actuales técnicas disciplinarias del poder: los dispositivos de la biopolítica utilizados en la familia, el ejército, la escuela, etc., con la finalidad de educar a los individuos a comportarse como buenos ciudadanos sometidos a la nueva cotidianidad industrial. Se trataba de asegurar la productividad económica y la reproducción de las relaciones capitalistas de producción mediante lo que Foucault denomina la instauración del biopoder.⁽³²⁾

Efectivamente, los micropoderes "actuaron en el terreno de los procesos económicos (...); operaron también como factores de segregación y jerarquización, incidiendo en las fuerzas respectivas de unos y otros, garantizando relaciones de dominación y efectos de hegemonía; el ajuste entre la acumulación de los hombres y la del capital, la articulación entre el crecimiento de los grupos humanos y la explotación de las fuerzas productivas y la repartición diferencial de la ganancia, en parte fueron posibles gracias al ejercicio del biopoder en sus formas y procedimientos múltiples."⁽³³⁾

La sociedad moderna capitalista tuvo necesidad de crear un conjunto de técnicas de biopoder, mediante las cuales se lograra el control y sometimiento de los individuos a las extenuantes formas del trabajo industrial. La producción capitalista requería de hombres y mujeres con una cultura adecuada a las necesidades de una sociedad urbana y tecnificada, crecientemente individualista y competitiva. Los nuevos sujetos productivos deberían estar disciplinados y domesticados para que pudieran generar un plustrabajo como fuente fundamental de

la riqueza capitalista.

Cuando Foucault afirma que no hay plusganancia sin sub-poder, está revelando su intencionalidad política prioritaria de correlacionar la macrofísica con la microfísica, de evidenciar que el subpoder es condición de posibilidad de la plusganancia. (34)

Si queremos comprender al poder como estrategia, como conjunto de prácticas y técnicas que caracterizan a una sociedad históricamente determinada, es necesario proceder de la manera siguiente: 1)- Investigar y exponer la diversidad de formas microfísicas del poder en su funcionamiento específico y autónomo; 2)- Analizar las relaciones múltiples y cambiantes de los distintos poderes microfísicos, y la manera como se entrecruzan y sobredeterminan mutuamente; y 3)- Precisar la manera específica como se dialectizan la microfísica y la macrofísica del poder en cada época histórica concreta. Efectuar, siguiendo la metodología de Foucault, un análisis ascendente: desde los poderes microfísicos hasta llegar a la asimilación de los poderes macrofísicos; y, complementando la perspectiva de Foucault, llevar a cabo el viaje de retorno: desde la comprensión de la macrofísica como cierta tecnología básica de poder, hasta la captación de la dependencia y autonomía relativa de los micropoderes.

2.6. Prácticas de Poder sin Subjetividad

La metodología de Foucault precisa que hay que estar precavidos para no intentar analizar al poder en el terreno de la subjetividad de los individuos que detentan el poder; no tiene sentido, según Foucault, preguntarse por las intenciones y la voluntad de los poderosos. Más bien, de lo que se trata es de investigar la estructura microfísica del poder, el conjunto de prácticas y dispositivos tecnológicos de dominación. (35)

El poder, en el mundo contemporáneo, se reproduce a través de ciertos lugares tácticos y estratégicos que los individuos ocupan dentro de las instituciones. En este sentido, no es importante la voluntad ni la ideología de los sujetos particulares, interesan más los puestos específicos mediante los cuales se reproducen las prácticas de poder. (36)

Es el lugar de trabajo o la función social que se desempeña: ser obrero, miembro de la clase media o capitalista, o ser presidente, médico, científico, analfabeta, delincuente, padre o hijo, hombre o mujer, maestro o alumno, jefe o subalterno, lo que finalmente determina las actitudes de los individuos dentro de las maquinarias específicas de poder, y no la genialidad o el tipo de conciencia que los caracterice.

El planteamiento de Foucault es consecuente con su concepción del poder como tecnología, como conjunto de estrategias y dispositivos anónimos que producen formas circulantes y microfísicas de dominación. Sin embargo, Foucault incurre en

una nueva antinomia: o bien el poder es un conjunto de prácticas donde no cuenta la voluntad de los individuos o por el contrario, el poder reside en la subjetividad de las castas, burocracias y clases gobernantes que detentan el poder. (37)

Si trascendemos la antinomia de Foucault nos damos cuenta de que, aunque las relaciones de poder son más amplias y complejas que las ideologías y los intereses particulares de los ejecutores del poder, no por ello debemos subestimar la importancia de la subjetividad como expresión de la necesidad de dominar y sojuzgar que tienen los poderosos, y como voluntad de servir (pragmática o no, consciente o inconsciente) que caracteriza a los dominados.

Por lo tanto, resulta incorrecto intentar separar artificialmente el conjunto de prácticas y efectos de poder, respecto de la personalidad de los sujetos específicos que en un momento histórico preciso tienen las responsabilidades y toman las decisiones fundamentales para la reproducción del poder que esas prácticas implican.

Probablemente, los antecedentes estructuralistas de su formación intelectual, llevaron a Foucault a la persistente subestimación de la subjetividad como elemento algunas veces fundamental para la comprensión del fenómeno del poder.

Las ricas aportaciones del análisis foucaultiano, cuando concibe al poder como maquinaria y tecnología de la dominación, no debemos hacernos olvidar que el poder, como lo analizó Freud, también se introyecta en el individuo desde la infancia,

a través de la familia, mediante la imposición de la ley del padre; que el poder, como lo percibió Max Weber, también implica una racionalidad donde la calculabilidad de los intereses particulares o colectivos, la tradición o el carisma del líder, se constituyen en diferentes tipos de dominación, todos los cuales manifiestan la presencia de la subjetividad.

Si prescindimos de las formas de la conciencia, de los intereses manifiestos o subrepticios de los dominadores y los dominados, no podremos, jamás, entender cabalmente otras manifestaciones del poder; por ejemplo, estaremos incapacitados para analizar la servidumbre voluntaria (*La Boétie*), la importancia de la conciencia política revolucionaria en la lucha de clases y el partido político (*Marx*), o el proceso de la transferencia en la terapia psicoanalítica (*Freud*).

Si soslayamos la importancia de la subjetividad, no lograremos desentrañar los contenidos subliminales que se utilizan en los mensajes ideológicos de los medios de comunicación masiva, con el objeto de manipular las conciencias de los individuos receptores. Tampoco estaremos en la posibilidad de identificar los contenidos demagógicos y retóricos inherentes a los discursos políticos, pues no tendría sentido comparar lo que se dice con lo que se hace.

Aunque aceptemos, siguiendo a Foucault, que en el mundo contemporáneo es cada vez más relevante el puesto que se ocupa en la estructura piramidal del poder, respecto de la anterior predominancia de la alcurnia, la heroicidad o el carisma

de los individuos y grupos que detentaban el poder durante el precapitalismo, sin embargo, no por ello tenemos que hacer caso omiso de que el siglo XX ha sido una época cuantiosa en líderes carismáticos: Lenin, Roosevelt, Gandhi, Mussolini, Hitler, Mao, Perón, Cárdenas, Joméní, De Gaulle, Tito, Castro, etc., cuyas personalidades políticas y el poder enorme que acumularon no puede explicarse únicamente por su pertenencia a tal o cual clase social, o por haber ocupado los puestos más altos de la burocracia política.

Aún aceptando la teoría de que al poder hay que estudiarlo fundamentalmente en sus prácticas, dispositivos, tácticas y estrategias, como quiere Foucault, no por ello dejaremos de lado la significación que para la comprensión del poder tienen, en ciertos momentos históricos, la personalidad específica y circunstancial del poderoso, y las formas peculiares de la conciencia subjetiva del conjunto de los dominadores y dominados.

2.7. Poder Positivo, Poder Negativo

La crítica del concepto jurídico-estatalista del poder es, sin duda, una de las más importantes aportaciones de Foucault a la teoría política. La ciencia política tradicional usualmente ha identificado al poder con la ley, la represión, lo negativo, la exclusión, las ocultaciones, el rechazo, etc. Al privilegiar el aspecto negativo del poder, sobre todo

como fuerza de prohibición, la politicología tradicional incurre en una concepción inadecuada y parcial,⁽³⁸⁾ porque las relaciones de poder son, según Foucault, esencialmente productivas y positivas. La prohibición, el rechazo, la ley, conforman, únicamente, los "límites extremos" del poder.⁽³⁹⁾

Para superar la tradicional concepción negativa del poder, Foucault reflexiona lo siguiente: "Si el poder no fuera más que represión, si no hiciera nunca otra cosa que decir no, ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir".⁽⁴⁰⁾

El concepto foucaultiano de poder positivo-productivo es, ciertamente, una nueva forma de entender las relaciones de dominación política. Se abren innumerables posibilidades de interpretación de la realidad cuando Foucault advierte que el poder funciona a partir de incitaciones, reforzamientos, controles y vigilancias; que en vez de obstaculizar, doblegar o destruir, el poder produce fuerza, crecimientos, asegura y administra la vida, ordena, mantiene y desarrolla las conductas del cuerpo social.⁽⁴¹⁾

Al introducir algunos elementos de la concepción nietzscheana del poder, Foucault se da cuenta de que lo posi-

vo no es precisamente lo contrario de lo negativo; el poder positivo no presupone necesariamente a lo bueno o a lo bello, a lo deseable o a lo no contaminado con la prohibición.

Cuando Foucault advierte que "se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir",⁽⁴²⁾ intenta revelarnos la idea de que el poder en la guerra no sólo implica el deseo tanático de matar y destruir vidas y cosas, sino que, fundamentalmente, la guerra representa una lucha por la sobrevivencia, por la riqueza, por el predominio de la voluntad de poder, etc. La guerra es, en este sentido, una voluntad de poder, una necesidad "erótica" de vida.

La positividad del poder se caracteriza por el hecho de producir efectos, incitaciones, controles, regulaciones generales y aumento asegurado del cuerpo social; no es, pues, la antítesis del poder negativo que siempre dice NO, que censura y reprime. Más bien, el funcionamiento del poder positivo, su proceso de generar deseo, de producir prácticas y saberes, está íntimamente relacionado con las formas tradicionales del poder negativo.⁽⁴³⁾

Para administrar, conservar y hacer crecer el cuerpo social en forma eficiente y disciplinada se requiere de la ley, de la vigilancia, de la prohibición y la represión; pero, no hay duda, la función y el sentido de la ley y la prohibición no son la destrucción y la muerte, sino la reproducción del poder y la vida de acuerdo con las relaciones de dominación y explota

ción establecidas socialmente.

Debido al hecho de que todo poder positivo presupone al negativo y viceversa, es que Foucault nunca afirma que el poder negativo no exista; más bien trata de subrayar los efectos positivos del ejercicio del poder como fenómeno esencial para la reproducción del individuo y la sociedad. (44)

Desafortunadamente, Foucault no precisa teóricamente cómo se efectúa la relación simbiótica de poder negativo y poder positivo; pero si seguimos la lógica de su discurso, y sobre todo, si atendemos a sus investigaciones empíricas, podremos darnos cuenta de que concibe el poder positivo coexistiendo con el negativo a tal grado que resulta difícil la distinción de uno respecto del otro.

En la cárcel, por ejemplo, los delincuentes son encerrados y castigados con anuencia de la sociedad, que en esta forma se siente protegida y resguardada de la criminalidad. La escuela capitalista, por su parte, persigue la obtención de altos índices de saber mediante la disciplinarización de los estudiantes. En la práctica médica se procura la salud y la "normalización de las conductas" (el caso de la psiquiatría) a través de la reclusión, la vigilancia y la obligación impuesta a los enfermos de someterse a penosos tratamientos médicos. En la totalidad de las instituciones sociales se produce esta imbricación de efectos positivos y negativos implícitos a cualquier práctica de poder, cuya finalidad primordial es autoreproducirse como tal.

Es necesario advertir que, cuando reivindicamos las consideraciones de Foucault sobre el poder positivo, no olvidemos que en la práctica cotidiana éste sólo existe correlacionado con el poder negativo; y que no es conveniente sobrestimar su importancia respecto de los efectos represivos que conlleva el ejercicio del poder, pues corremos el riesgo de no poder ligar la tesis foucaultiana del poder positivo con su otro planteamiento, según el cual todo poder genera resistencia.

2.8. *Relación de Poder, Saber y Verdad*

Probablemente, la teoría de Foucault sobre las relaciones entre el poder, el saber y la verdad, constituye una de sus más valiosas aportaciones al pensamiento social contemporáneo.

El poder y el saber se encuentran vinculados dialécticamente: cualquier forma de poder presupone un discurso que legitima y reproduce las relaciones de dominio; así como toda acumulación de saber implica la existencia de sujetos inmersos en un determinado campo de lucha y poder. (45)

La permanente articulación dialéctica de poder y saber se evidencia desde el momento en que nos cercioramos de que el poder no sólo necesita de ciertas formas de saber, sino que además, el mismo poder "crea objetos de saber, los hace emerger, acumula informaciones, las utiliza. No puede comprenderse nada del saber económico si no se sabe cómo se ejer-

cía, en su cotidianidad, el poder y el poder económico. El ejercicio del poder crea perpetuamente saber e inversamente el saber conlleva efectos de poder". (46)

Cualquier sociedad se encuentra saturada de múltiples relaciones de poder que atraviesan y conforman la esencia de su funcionamiento. Pero estas relaciones de poder no pueden existir, acumularse y circular si no se cuenta con la presencia de un discurso o saber que les otorgue cierta justificación teórica y política. (47)

El poder se ejerce, afirma Foucault, mediante la producción de discursos que se autoconstituyen en verdades inquestionables. El discurso, por ello, pasa a ser en realidad una forma específica de poder. (48)

La verdad se vuelve ley gracias al poder, pero el poder subsiste y se reproduce debido a que existe un saber que se erige socialmente como verdad, a que logra ganar el consenso de la gente, a que se introyecta en las conciencias y en los actos de los individuos sujetos al poder.

El discurso procura la legitimación del poder. El poder institucionaliza al saber. Y el binomio de saber y poder crea, en toda sociedad, una "política general de verdad", la cual se encarga de distinguir los enunciados falsos de los verdaderos, de sancionar los discursos alternativos, y de definir las técnicas y procedimientos adecuados para la obtención de la verdad que interesa al poder. (49)

Los discursos que produce el poder en forma institucionalizada, se caracterizan por adquirir la función de constituirse en "la verdad" aceptada por la sociedad. Por "verdad", Foucault entiende "un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados"⁽⁵⁰⁾ que legitiman el ejercicio del poder.

La totalidad de las sociedades cuentan con un "régimen" de verdad, con un dispositivo o maquinaria de poder que genera un saber específico destinado a reforzar las relaciones de dominación. Foucault advierte que ese "régimen de verdad" no es simplemente un fenómeno ideológico o superestructural, en la medida en que penetra y atraviesa el conjunto de las relaciones sociales de producción y de vida. Así entendido, el "régimen de verdad" ha sido un proceso fundamental para la formación y el desarrollo del capitalismo, y es, actualmente, con ciertas modificaciones y peculiaridades, base de sustentación ideológico-política de los países del "socialismo real".⁽⁵¹⁾

El saber, dice Foucault, no se limita, sin embargo, a ser fuente de justificación ideológica de los poderes existentes, sino que actúa de otras muchas maneras: produce un conjunto de mecanismos efectivos de formación y acumulación de saber, crea métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de indagación y pesquisa y aparatos de verificación. Es debido a este conglomerado de prácticas del saber como poder, por lo que Foucault insiste en su tesis de que la

relación poder-saber trasciende la clásica función que tiene la ideología de servir de máscara encubridora de las relaciones de dominio implícitas al poder. (52)

Cuando examina las formas históricas que generan la "verdad", Foucault logra profundizar brillantemente en la esencia de la relación existente entre poder-saber-verdad, y en la vinculación de esta triada con la exclusión y la disciplina como técnicas específicas del poder en el capitalismo.

Lo que preocupa a Foucault es llegar a comprender cómo los hombres se gobiernan a sí mismos y a sus semejantes mediante la producción de discursos que se instituyen como "verdades" científicas. Intenta establecer cómo el poder-saber produce un discurso, una moral y un conjunto de prácticas y dispositivos de poder mediante los cuales se excluye a los locos, se vigila a los presos, se margina a los homosexuales y a las mujeres, y se intenta corregir a los individuos asociales y "anormales". (53)

La "verdad" existe, en tanto forma de poder, en la medida en que a partir de ella se crea un determinado "código" mediante el cual se regulan las maneras de actuar de los individuos, se prescribe cómo dividir y examinar a la gente, cómo clasificar las cosas y los signos y cómo corregir y disciplinar a los seres humanos. (54)

La forma contemporánea a través de la cual el discurso característico del capitalismo se convierte en un medio de

exclusión y censura, se efectúa justamente con la constitución del saber en Ciencia, (55) en verdad absoluta de todas las cosas. No hay peor anatema en nuestra época que el ser acusados de a-cien-ti-fic-i-d-a-d.

El conjunto de prácticas de poder apela a la ciencia: la economía, la politicología, la criminología, la psiquiatría, la sexología, la pedagogía, etc., como panacea mágica mediante la cual se obtienen los certificados de verdad y legitimación.

Una vez que se ha mitificado a la ciencia como práctica o disciplina portadora de la verdad y la modernidad, es más fácil aún caer víctima de los mecanismos de exclusión, censura, represión y vigilancia inherentes a las prácticas institucionales de poder que esas ciencias llevan consigo.

Ha sido también una gran aportación de Foucault el haberse preocupado por descubrir los efectos turbios, negativos, colaterales, espurios, que se presentan en el ejercicio de la medicina, la psiquiatría, la criminología y la sexología.

Las connotaciones negativas implícitas a las prácticas científicas de la sociedad contemporánea, quedan denunciadas cuando Foucault afirma que "el saber transmitido adopta siempre una apariencia positiva. En realidad, funciona según todo un juego de represión (...), exclusión de aquellos que no tienen derecho al saber, o que no tienen derecho más que a un determinado tipo de saber; imposición de una cierta norma, de un cierto filtro de saber que se oculta bajo el aspecto desin-

terésado, universal, objetivo del conocimiento; existencia de lo que podría llamarse: los "circuitos reservados del saber". (56)

A partir de la desmistificación de los saberes científicos y de las prácticas de poder institucionales como cuestiones positivas en sí mismas, mediante la demostración de la complicidad que guardan con la estructura general del poder, y a través del desenmascaramiento de los efectos nocivos que conllevan, Foucault ha abierto un inmenso y complejo continente teórico, el cual es fundamental para el análisis y la crítica política contemporáneos que apenas hoy comienzan a desarrollarse como cuestionamientos de la tan vanagloriada modernidad.

2.2. *El Poder de los Intelectuales*

Así como los discursos son formas de poder, igualmente, en tanto instrumentos del pensamiento crítico y contestatario de los grupos sociales y de algunos intelectuales, pueden utilizarse como expresiones de resistencia, como manifestaciones de rechazo a los poderes opresivos y totalitarios.

Foucault ha sido uno de los intelectuales más importantes del siglo XX, y como tal conoce la trascendencia que el quehacer teórico, la ciencia y la ideología tienen para la conservación o transformación del sistema de poder establecido. Al respecto, afirma que "los discursos, al igual que los silencios, no están de una vez por todas sometidos al poder o levantados contra él. Hay que admitir un juego complejo e ines-

table donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo". (57)

Foucault piensa que el intelectual crítico tiene una misión específica: la de denunciar al poder, hablar públicamente de él, designar cuáles son sus núcleos, nombrar y forzar la red de información institucional, revelar cómo actúa y quién lo sostiene; en síntesis, la de desenmascarar al poder para detenerlo e invertirlo. (58)

La concepción foucaultiana sobre el papel contestatario del intelectual no tiene mucho de novedad (continúa la tradición al respecto de Marx, Gramsci, Sartre, etc.). Pero lo que sí viene ha conformar una visión original, es su afirmación de que la teoría, para ser crítica y desmistificadora del poder, no debe formularse como si fuera un sistema totalizador de verdades. Frente a las ideas, tradicionales en ciertos ámbitos académicos, de la necesidad de crear la Gran Teoría, la totalidad científica, el sistema global de verdades, Foucault antepone e insiste en la urgencia teórico-política de producir un discurso que atienda y profundice en la especificidad de las prácticas microfísicas, que no sea dogmático ni pretenda el conocimiento absoluto. (59)

Lo significativo de la teoría foucaultiana es el hecho de que, repudiando la pretendida omnicomprensión dogmática,

remite los discursos contestatarios a sus respectivas prácticas de poder microfísico, ya que sólo es posible hacerle frente al dominio ahí, en la esfera local, en los recintos dispersos y ramificados donde pulula el poder.

Para detener e invertir los poderes microfísicos, Foucault propone como primer paso la construcción de un discurso crítico que se conciba a sí mismo como herramienta de lucha, como conjunto de rejillas teóricas mediante las cuales se analice y cuestione la cotidiana realidad del poder.

La teoría, según Foucault, no debe ofrecer un sistema totalizador omnicompreensivo, ni tampoco tiene por qué prometer la redención de la humanidad a través de la especulación sobre el advenimiento fatal del paraíso en la Tierra. Más bien, la teoría contra el poder debe limitarse a denunciarlo, a formular preguntas, dudas, intuiciones, peligros y a formular posibles soluciones prácticas. (60)

Mediante esta concepción del saber-poder y de los intelectuales, Foucault critica el status privilegiado de los intelectuales como sujetos portadores del conocimiento, como "conciencias iluminadas", como portavoces y vanguardia de las masas incultas. Al repudiar las pretensiones de sapiencia de los intelectuales tradicionales, el autor de Vigilar y castigar señala uno de los grandes problemas de la historia de la humanidad: la división material e intelectual del trabajo, la construcción de estrategias de poder que dividen a la sociedad en los que saben y los que no saben, en los que mandan y los

que obedecen.

Tanto en la izquierda política como en la derecha, dentro del Estado y fuera de él, los intelectuales tradicionales que idolatran la teoría totalizadora, usufructúan y tratan de justificar sus privilegios como intelectuales a partir de la utilización de su "saber" especializado y científico, el cual, efectivamente, les proporciona grandes cuotas de poder.

Otro de los errores que los intelectuales políticos se niegan a reconocer, es su tantas veces funesta pretensión de convertirse en portavoces de las masas, en guías espirituales del pueblo; ilusión que justifican argumentando que ellos tienen el monopolio del conocimiento y la verdad. (61)

Infinidad de ejemplos históricos nos demuestran las trágicas consecuencias que hemos tenido que padecer debido a que los intelectuales, provenientes de las clases acomodadas de la sociedad, se postulan a sí mismos como líderes de las clases dominadas. Para Foucault, es indigno que los intelectuales, privilegiados por el sistema del poder-saber, pretendan hablar y pontificar por los otros, por los de abajo, por los que sufren la opresión y la miseria. Son éstos, los "humillados y ofendidos", y no los intelectuales académicos, los que deben hablar por sí mismos, quienes conocen mejor sus propios conflictos, y a los cuales ya es tiempo que dejemos de considerar como si fueran incapaces de comprender y rebelarse contra sus propios enemigos políticos.

Decepcionado de la mayoría de los "intelectuales re

volucionarios", convertidos en burócratas del partido, en funcionarios del poder dominante o en *vedettes* del *establishment* universitario, Foucault mencionó las cualidades y actitudes que debería tener el verdadero intelectual no contaminado aún por el poder: "Sueño con el intelectual destructor de evidencias y universalismos, el que señala e indica en las inercias y las sujecciones del presente los puntos débiles, las aperturas, las líneas de fuerza, el que se desplaza incesantemente y no sabe a ciencia cierta dónde estará ni que pensará mañana, pues tiene centrada toda su atención en el presente; el que contribuye allí por donde pasa a plantear la pregunta de si la revolución vale la pena (y qué revolución y qué esfuerzo es el que vale), teniendo en cuenta que a esa pregunta sólo podrán responder quienes arriesguen su vida por hacerla". (62)

Esta espléndida cita de Foucault evidencia los alcances inmensos de una teoría que, como proyecto intelectual, permaneció siempre abierta a la crítica y autocrítica hasta el final de su vida.

2.10. *El Poder es Inmanente*

Las relaciones de poder existen en todo el cuerpo social: lo atraviesan, lo saturan, lo determinan, lo carcomen, lo reproducen. Estas relaciones de fuerza se multiplican formando redes y dispositivos de poder en cada una de las instituciones sociales. Pero, aclara Foucault, "las relaciones de poder no están en posición de exterioridad respecto de otro ti

po de relaciones (procesos económicos, relaciones de conocimiento, relaciones sexuales), sino que son inmanentes; constituyen los efectos inmediatos de las particiones, desigualdades y desequilibrios que se producen, y, recíprocamente, son las condiciones internas de tales diferenciaciones; las relaciones de poder no se hallan en posición de superestructura, con un simple papel de prohibición o reconducción; desempeñan, allí donde actúan, un papel directamente productor". (63)

Con su noción de inmanencia, Foucault critica el dualismo teórico consistente en dividir el cuerpo social en estructura (las relaciones de producción) y superestructura (la ideología, la política, la moral). La distinción entre factores económicos y formas subjetivas del ser social, así como la prioridad que ciertos teóricos contemporáneos conceden a las relaciones de producción en tanto factores condicionantes de la superestructura, son rechazadas por Foucault ya que para él las relaciones de poder son inmanentes y circulan por toda la sociedad.

El poder no constituye una invención de la ideología dominante, no conforma un epifenómeno de la lucha de clases; más bien, el poder surge y se establece dentro de las mismas relaciones de producción, es inherente a las relaciones sexuales, familiares, escolares, religiosas y políticas.

En realidad (y esto constituye una de sus más importantes contribuciones a la teoría política), el poder, en tanto relaciones verticales de dominación, de gobierno, de vi-

gilancia, de castigo, de normalización y de disciplinarización, conforma la esencia, la clave explicativa del funcionamiento de las relaciones económicas, ideológicas y políticas.

Esto es lo que no han visto o no han querido ver los teóricos tradicionales: la importancia del poder no como algo derivado causalmente de la lucha de clases o de la dominación política estatal, sino como un fenómeno fundamental intrínseco e indisoluble de cualquier práctica social.

Mediante la caracterización del poder como lucha de fuerzas desiguales inmanente al cuerpo social y como red de prácticas microfísicas (locales, dispersas, peculiares, relativamente autónomas), Foucault superó la clásica dicotomía marxista de estructura y superestructura, y, además, hizo el importante señalamiento de que no se puede pensar la revolución social: la socialización de la producción y la extinción del Estado, con independencia de la modificación de las relaciones de poder verticales y autoritarias que se dan en la familia, la escuela, el sindicato, el partido, etc.

Igualmente, desde una lógica foucaultiana, resulta incorrecto afirmar la existencia de un macrosujeto político, el proletariado, mesiánicamente llamado a derrocar al capitalismo y construir el socialismo. Para el autor de Vigilar y castigar, no hay prácticas de poder privilegiadas en el sentido de ser más importantes que las otras, por ello resulta inadecuado postular la preponderancia de un sólo sujeto político, máxime si se le concibe como si estuviera fatalmente comisionado

do para hacer la revolución socialista.

Según Foucault, tan esenciales y nocivas son las relaciones económicas de explotación, como fundamentales y nefastas las relaciones de dominación en la familia, la escuela, la cárcel, la burocracia, el partido, el ejército, etc. Es por ello que si las prácticas de poder son múltiples y relativamente autónomas, y si todas ellas tienen su específica importancia para la reproducción de la sociedad, entonces también los sujetos que realizan concretamente los cambios sociales y culturales, tienen que ser diversos y políticamente significativos.

Para concluir este capítulo sobre la concepción foucaultiana del poder, sólo nos resta criticarle el hecho de que, mirada en su conjunto, esta teoría corre el riesgo de finalmente aparecer como una enorme mitificación del poder. Es decir, el poder se presenta como si fuera un omnipresente macrosujeto suprahistórico que preside y determina por sí mismo el conjunto de la vida social. (64)

Es necesario advertir que, aunque son evidentes las múltiples coincidencias que tenemos con la teoría foucaultiana del poder, y a pesar de que le reconocemos sus diversas aportaciones teóricas así como su condición de intelectual no dogmático, sin embargo, la lectura de su obra nos deja con la impresión de que finalmente erige al poder en un nuevo mito racionalista.

El poder, a fin de cuentas, termina siendo una nueva

entelequia, una moderna y reconfortante substitución ideológica de Dios. El poder, que está en todas partes, es portador tanto del bien como del mal, es una especie de estigma que llevamos los seres humanos como pecado original.

Mistificar el concepto de poder hasta convertirlo no en una herramienta teórica de análisis y crítica de las prácticas reales de dominio, sino en una abstracción metafísica portadora del sentido de las cosas, es el peligroso riesgo que corren los epígonos de Foucault; idéntico desafío enfrentan los seguidores ortodoxos de Freud con la sacralización de la teoría del incesto, o los de Marx con la canonización de la lucha de clases como ley de la historia, o los nietzscheanos con la teleológica y elitista profecía del advenimiento del superhombre.

Es necesario, pues, evitar la perniciosa tentación que tienen los creadores de ideas y sus feligreses de convertir sus teorías en dogmas, de encandilarse con la brillantez de sus propios descubrimientos hasta el grado de cegarse al reconocimiento de todo lo demás existente.

NOTAS DEL CAPITULO SEGUNDO

- 1.- Cfr. M. Foucault. Microfísica del poder, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980, p. 144.
- 2.- Cfr. Foucault. Vigilar y castigar, Ed. Siglo XXI, México, 1980, pp. 33 y 34.
- 3.- Cfr. Foucault. "El ojo del poder", en Jeremías Bentham, El panóptico, Ed. La Piqueta, Madrid, 1982, p. 19.
- 4.- Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 84.
- 5.- Cfr. Foucault. Historia de la sexualidad, Siglo XXI, México, 1983, p. 114.
- 6.- Foucault. "El ojo del poder", ob. cit., p. 19.
- 7.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., pp. 135 y 136.
- 8.- Cfr. ibid., p. 136.
- 9.- Cfr. E. La Boétie. El discurso de la servidumbre voluntaria, Ed. Tusquets, Barcelona, 1980.
- 10.- Cfr. Foucault. Historia..., ob. cit., pp. 116 y 117.
- 11.- Cfr. Max Weber. Economía y sociedad, Ed. F.C.E., México, 1983, pp. 170-246.
- 12.- Cfr. S. Freud. Totem y tabú, Ed. Alianza, Madrid, 1975.

- 13.- Cfr. E. Canetti. Masa y poder, Ed. Muchnik, Barcelona, 1977, pp. 407-461.
- 14.- Cfr. M. Foucault. "Cómo se ejerce el poder", en La cultura en México, Revista Siempre, 13/3/85, p. 41.
- 15.- Cfr. ibid., p. 41.
- 16.- Foucault. "Hacia una crítica de la razón política", en La Cultura en México, Revista Siempre, 3/11/82, p. IX.
- 17.- Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 142.
- 18.- Ibid., p. 86.
- 19.- Ibid., p. 146.
- 20.- Cfr. ibid., p. 408.
- 21.- Cfr. ibid., pp. 171.
- 22.- Ibid., pp. 144 y 145.
- 23.- Cfr. Foucault. Historia..., ob. cit., p. 113.
- 24.- Ibid., p. 113.
- 25.- Cfr. ibid., p. 142 y 143.
- 26.- Foucault. Vigilar y..., ob. cit., p. 165.
- 27.- Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 157.
- 28.- Cfr. ibid., p. 171.
- 29.- Foucault. La verdad y las formas jurídicas, Ed. Gedisa, Barcelona, 1978, pp. 139 y 140.

- 30.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 135.
- 31.- Cfr. Foucault. "El poder y la norma", en Revista La nave de los locos, No. 8, verano de 1984, Universidad de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich.
- 32.- Cfr. Foucault. Historia..., ob. cit., pp. 170 y 171.
- 33.- Ibid., p. 170 y 171.
- 34.- Foucault. La verdad y..., ob. cit., p. 139.
- 35.- Foucault. Microfísica..., ob. cit., pp. 157 y 158.
- 36.- Cfr. ibid., p. 143.
- 37.- Cfr. Foucault. Historia..., ob. cit., p. 115.
- 38.- Cfr. Foucault. Microfísica, ob. cit., p. 154.
- 39.- Cfr. ibid., p. 251.
- 40.- Ibid., p. 182.
- 41.- Cfr. Foucault. Historia..., ob. cit., pp. 165 y 166.
- 42.- Ibid., pp. 165 y 166.
- 43.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., pp. 106 y 107.
- 44.- Ejemplos de cómo la represión y prohibición existen en correlación directa con el poder positivo, los tenemos en las páginas 176 y 177 de la Historia de la sexualidad, ob. cit.

- 45.- Cfr. Foucault. Vigilar y..., ob. cit., p. 34.
- 46.- Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 99.
- 47.- Cfr. ibid., pp. 139 y 140.
- 48.- Cfr. M. Morey. Sexo, poder y verdad, Ed. Materiales, Barcelona, 1978, p. 242, y Cfr. Foucault, "Por qué el poder", en El Gallo Ilustrado, El Día, p. 4.
- 49.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 187.
- 50.- Ibid., p. 189.
- 51.- Ibid., p. 189.
- 52.- Cfr. ibid., p. 147.
- 53.- Cfr. Foucault. El discurso del poder, Ed. Folios, México, 1983, p. 223.
- 54.- Cfr. ibid., 223 y Cfr. Microfísica, ob. cit., pp. 147 y 187.
- 55.- Cfr. Foucault. Microfísica, ob. cit., p. 188.
- 56.- Ibid., p. 32.
- 57.- Foucault. Historia..., ob. cit., p. 123.
- 58.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 84.
- 59.- Cfr. ibid., p. 178.
- 60.- Cfr. F. Ewald. "El interés por la verdad", Entrevista con Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, 26/9/84, p. 39.

- 61.- Cfr. Foucault. Microfísica..., ob. cit., p. 260.
- 62.- M. Monrey, Sexo, poder..., ob. cit., p. 260.
- 63.- Foucault. Historia..., ob. cit., p. 114. (Subrayado nuestro).
- 64.- La concepción de un poder omnipresente puede apreciarse cuando dice que "el poder está en todas partes, no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes. Y "el" poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autoreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de esas movilizaciones, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas". Foucault. Historia..., ob. cit. p. 113.

3.- LA TEORIA DEL PODER EN EL CAPITALISMO

"El impulso eje del espíritu es la aspiración a la libertad, y este impulso va acompañado invariablemente por su opuesto, que es el horror a las consecuencias de la libertad".

César/Thornton
Wilder

3.1. El Poder Disciplinario

3.1.1. El Paso de la Soberanía Feudal al Poder Disciplinario

Para analizar el problema del poder en el capitalismo se requiere de la confrontación con la forma de poder precedente: el poder de la soberanía durante la feudalidad medieval. A diferencia del poder disciplinario, característico del capitalismo como forma histórico-concreta, en la Edad Media se manifiesta una relación de poder fundamentalmente ligada al control y a la propiedad de la tierra y sus productos.⁽¹⁾ Efectivamente, las obligaciones, impuestos, aranceles, etc., que los siervos tenían que pagar a los señores feudales o a la iglesia (propietaria de enormes latifundios) determinan un tipo de relación de dependencia peculiar basado en la tradición y la reglamentación del trabajo de los siervos. El poder no se finca en el control disciplinario, sino en el poder de la soberanía, de la alcurnia, del rango y la heroicidad en tanto que valores sociales y culturales preestablecidos e incuestionables.

El poder durante el medioevo gira en torno del dominio absoluto, previamente sacralizado, del soberano o del Papa, y se establece sobre la base de la agrupación de enormes latifundios que funcionan como fuente principal de la riqueza. El poder se identifica con la sangre mediante la reivindicación del abolengo de la aristocracia, y con la propiedad a través de la posesión de enormes extensiones de tierra que

simbolizan la grandeza y el poderío en esta época histórica.

Durante los siglos XVII y XVIII se inventa una nueva tecnología de poder: la disciplina capitalista con sus tácticas y estrategias específicas de control. Esta moderna mecánica del dominio prioriza el sometimiento de los cuerpos y las almas de los individuos como medio de explotación del tiempo de trabajo utilizado en la producción de mercancías, sobre la posesión de la tierra y sus productos como se acostumbraba en el feudalismo. (2)

La ideología del liberalismo, que sacraliza la igualdad y la libertad de todos los hombres, sustituye a la concepción jerárquica y discriminatoria existente en el medioevo. A partir de la aceptación de los valores de la Ilustración, todos los hombres son concebidos como formalmente libres e iguales, y debido a ello pueden convertirse en explotadores o en individuos que sufren la explotación. Las desigualdades se fundamentan ya no en la sangre, sino en las capacidades individuales y en la competencia por un mejor aprovechamiento de las oportunidades que brinda el mercado capitalista para el enriquecimiento mediante la usura y la plusvalía.

En vez de los viejos lazos de dependencia servil, de los archivos feudales y las murallas de los castillos, la disciplina capitalista controla el tiempo de trabajo de los obreros en las fábricas.

La disciplina capitalista implica una aceptación por parte de los dominados, de toda una compacta cuadrícula de

obligaciones y responsabilidades laborales fijadas contractualmente, más que el sometimiento al poder del soberano o a la costumbre heredada por los lazos de consanguinidad.

La implantación de la disciplina capitalista es, dice Foucault, resultado de varios factores coyunturales en la historia de Europa:

- 1) El aumento demográfico del siglo XVIII que hizo crecer enormemente el mercado de trabajo ofreciendo mano de obra barata; y
- 2) El crecimiento del aparato de producción mercantil-capitalista, el cual exigía la búsqueda insaciable de altas cuotas de rentabilidad económica. ⁽³⁾

La disciplina surge entonces como esa necesidad históricamente específica de garantizar la producción capitalista en ascenso. Se hacía necesario correlacionar la nueva cultura liberal con el proceso de acumulación capitalista. Había que introducir la disciplina en tanto que fuente creadora de comportamientos reglamentados en la familia, la escuela y todas las instituciones sociales, como única forma de poder modelar una específica conducta tecnocrática y sumisa de los obreros en las fábricas y de los individuos en la sociedad.

El cambio socio-cultural del dispendio feudal al ahorro capitalista de dinero, de la ociosidad a la productividad, del despilfarro al ascetismo, de la manufactura a la gran industria y de la predominancia del campo a la prominencia de la ciudad

dad, requirió de la invención política de una inédita forma de poder: la disciplina capitalista entendida como una "tecnología fina y calculada del sometimiento".(4)

El proceso de acumulación de capital, tan importante para la comprensión de la disolución del feudalismo y tan esencial para la aparición de los presupuestos históricos de la nueva sociedad capitalista, debe complementarse con la reivindicación de la trascendencia que para el capitalismo implicó lo que Foucault denomina "acumulación de hombres".

La disciplina capitalista es una forma de acumular hombres que cuenten con una nueva mentalidad reglamentada y normativizada que los convierta en eficaces y productivos trabajadores asalariados, sustituyendo con ello los antiguos y costosos procedimientos del control político fincados en el poder de la tradición, el carisma, la violencia y el sometimiento religioso.

Acumulación de capital y acumulación de hombres disciplinados, disciplina y conversión del trabajo en capital, no deben escindirse. Como bien lo explica Foucault: "de hecho los dos procesos, acumulación de hombres y acumulación de capital, no pueden ser separados; no habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de producción capaz a la vez de mantenerlos y utilizarlos; inversamente, las técnicas que hacen útil la multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital".(5)

Es posible comprobar que a mayor control disciplinario: sometimiento del cuerpo y el alma a las normas de la explotación del tiempo de trabajo, menor es la capacidad de respuesta e insubordinación política de los individuos; y a la inversa, a menor disciplinarización, mayores serán los movimientos de crítica y revolución contra el sistema económico y el poder establecidos en el capitalismo.

La disciplina, en este sentido, se convierte en "anatomía política" del modo de vida burgués, en presupuesto político de la consolidación de una sociedad fincada en la explotación técnica del tiempo de trabajo de los seres humanos. (6)

La interrelación de economía y política, de proceso de valorización e introducción de la disciplina, es precisada teóricamente por Foucault cuando advierte que: "por disciplina rización de la sociedad (...) no debe entenderse que los individuos se hayan vuelto cada vez más obedientes; ni que tengan cierta semejanza con cuarteles, escuelas o cárceles; sino que en ellas se ha buscado un ajuste cada vez mejor controlado, cada vez más racional y económico -entre las actividades productivas, las redes de comunicación y el juego de las relaciones de poder". (7)

La disciplina, según Foucault, sustituye el viejo principio de exacción-violencia que regía en la economía de poder precapitalista, por la máxima de control-producción-provecho. (8) Además, en tanto que tecnología específica de dominio, modifica y suplanta la vieja maquinaria de poder característica

de la sociedad feudal. En lugar del carisma, la fuerza, la heroicidad y la superioridad del soberano y su aristocracia, el poder capitalista se erige mediante instrumentos anónimos que circulan por todo el cuerpo social, los cuales reglamentan la vigilancia jerárquica, el registro continuo y la clasificación perpetua con el objeto de convertir a los individuos en sujetos disciplinados, económicamente rentables y políticamente sumisos.

3.1.2. Radiografía de la Disciplina Capitalista

La disciplina es una tecnología de poder específica, propia del capitalismo, que funciona como si fuera una "anatomía política del cuerpo humano". Es decir, la disciplina concibe al cuerpo como una máquina que debe educarse, higienizarse, volverse dócil, con el objeto de poder integrarlo adecuadamente al sistema económico de producción.

El ejercicio del poder sobre la vida capitalista se centra, nos explica Foucault, en dos polos primordiales: 1- Las regulaciones demográficas y 2- la disciplina sobre el cuerpo. En el primer caso se impone el control de los nacimientos, la mortalidad, el nivel de salud, la longevidad, la higiene, la delincuencia, los ritos, etc. El poder funciona aquí como elemento fundamental en el registro y organización de los individuos, aparece claramente como "biopolítica de la población".⁽⁹⁾ En el segundo polo, concerniente a la disciplina en tanto que forma de biopoder, se trata del sometimiento de los cuerpos y las almas de los individuos a una regimentación normativa mediante el manejo disciplinario de los actos, los

gestos, las sensaciones, es decir, se pretende ejercer un control de la conducta social en la escuela, los cuarteles, las fábricas y todas las instituciones.

La acción permanente del poder disciplinario sobre los grupos sociales conduce al objetivo esencial de la biopolítica: la fabricación de hombres y mujeres sumisos a la lógica de poder capitalista. La técnica disciplinaria produce un doble efecto que actúa en forma recíproca: se doma y mantiene la sujeción sobre el cuerpo, así como se doblega y "educa" el alma para la obediencia. (10)

El objetivo estratégico de la disciplina consiste en crear cuerpos moldeables, capaces de convertirse en individuos fuertes y sanos en términos productivos, pero débiles y acrílicos como sujetos políticos. El cuerpo y el alma tienen que actuar idénticamente: obedecer, ser útiles y reproducirse. (11)

La disciplina no podría existir sin la valiosa contribución que brinda la técnica de la vigilancia, como ese "espacio analítico" en donde se fiscaliza la presencia, ausencia y distribución de los seres sociales. Es imprescindible vigilar la conducta de cada individuo, apreciarla y sancionarla con el objeto de poder dominar y reutilizar las capacidades productivas de los sujetos sociales de acuerdo con los fines de la biopolítica. (12)

La vigilancia funciona como una forma de poder múltiple, anónima y automática; circula de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba; actúa también de manera transversal, cru-

zando el conjunto del cuerpo social. La vigilancia debe ser perpetua y consistente, tiene que sentirse como un acoso incesante y profundo que capte y juzgue la vida entera de los vigilados. (13)

Es de vital importancia que la vigilancia sea eficaz, incisiva y absoluta, para que en un momento determinado se convierta en autovigilancia de los propios individuos disciplinados. Como lo expone Foucault: "No hay necesidad de armas, de violencias físicas, de coacciones materiales. Basta una mirada. Una mirada que vigile y que cada uno, sintiéndola pesar sobre sí termine por interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo; cada uno ejercerá entonces esta vigilancia sobre y contra sí mismo". (14)

La disciplina presupone la existencia de un saber ligado al poder. Se hace necesaria la presencia de un discurso que diferencie lo normal de lo anormal, lo sano de lo patológico, lo verdadero de lo falso. Es a través de los mecanismos de valoración y discriminación que genera el discurso disciplinario, que el biopoder capitalista puede recurrir a la exclusión de los leprosos, "apestados", enfermos, homosexuales, delincuentes y locos. Lo que se pretende es la culpabilización de los excluidos y marginados mediante su internamiento en hospitales, correccionales, cárceles, asilos, etc., con el objeto de aislarlos de la vida social "normal" y poder justificar entonces el ejercicio sistemático del poder.

La división binaria que lleva a cabo el discurso del

poder entre locos y cuerdos, peligrosos e inofensivos, normales y anormales se convierte en un requisito fundamental del control disciplinario, ya sea para justificar la existencia del poder represivo en contra de los "anormales" y en favor de los "normales", o como forma de legitimación de la exclusión en tanto que práctica positiva y rentable de corrección, control y curación de los locos, delincuentes y enfermos. (15)

La existencia de las instituciones que aplican la disciplina encuentra de esta forma su convalidación social. Sin embargo, la función prioritaria de la tecnología disciplinaria es la de convertir los cuerpos de los individuos en máquinas útiles para la producción, el trabajo y la guerra. (16)

La disciplina se instaura en todos los ámbitos de la sociedad: desde la escuela y la familia, pasando por la iglesia, el ejército y la policía, hasta llegar a la burocracia, la producción fabril, el comercio y los medios de comunicación.

La estrategia disciplinaria no sólo excluye a los individuos no productivos y "asociales", sino que también se esmera por fijar y adaptar a los sujetos "normales", a sus condiciones de trabajo y vida. Hay que ligar a los obreros a sus fábricas, a los educandos a las instituciones del saber, etc. Se quiere lograr que la exclusión sea una forma de salvaguardar la pureza de la sociedad, y que los desviados y desadaptados se corrijan y normalicen paulatinamente y de manera jerarquizada, aunque sean sólo unos cuantos los que puedan volver a integrarse a una vida social regida por la norma. (17)

A la sociedad moderna le conviene, le es imprescindible la existencia de los presos, los locos y los anormales como estrategia comprobada de homogenización e identificación social de los que a sí mismos se consideran como seres perfectamente normales.

Aunque se vuelven necesarias las prácticas de la exclusión psiquiátrica, carcelaria, educativa, etc., también es cierto que en un plano discursivo, y dependiendo de las necesidades del mercado de trabajo, existe la retórica autojustificatoria por parte de los que ejercen el poder, de que la exclusión tiene la finalidad bondadosa y positiva de corregir, educar y hacer sanar a los individuos transitoriamente separados de la sociedad, los cuales, una vez normalizados podrán reintegrarse a ella como seres útiles y dóciles.

La disciplina es una maquinaria productora de sujetos "normales", económicamente rentables, la cual no solamente se ejercita en los casos extremos de la "curación" de la "locura" o la corrección de los presos, sino que coexiste prácticamente en todas las instituciones sociales desde la familia hasta el Estado. La disciplina, en su sentido amplio, se propone la reglamentación de hábitos precisos en los individuos a lo largo de toda su vida, utilizando para ello un complicado juego de coerciones, aprendizajes, castigos, gratificaciones y reforzamientos diversos. De esta forma, únicamente aquellos hombres y mujeres que integran la normatividad social a sus conductas sociales y laborales son los que finalmente pueden ser aceptados como personas racionales. Los otros,

los que critican y resisten, los que son diferentes y no se adaptan a la institucionalidad establecida, esos deben ser excluidos y castigados hasta que, finalmente, sean reeducados para servir como gentes conformes con su sociedad.

La disciplina capitalista no podría funcionar sin el valiosísimo auxilio que representa la interiorización de las normas sociales de conducta. Un ser humano disciplinado es aquel que ha aprendido e integrado totalmente un determinado código de reglas de comportamiento dictadas por el padre, el maestro, el juez, el alcalde, el psiquiatra, etc. (18)

En este sentido, la disciplina tiene por objetivo principal el poder conseguir la normalización de la sociedad a través de la fabricación de sujetos convencidos de la bondad de los valores fijados socialmente desde la infancia hasta la muerte.

La totalidad de las instituciones sociales conducen y practican la técnica de la disciplina de manera específica, de acuerdo con las peculiaridades y con la autonomía de su propio espacio político, pero el conjunto de ellas, en tanto que interactúan unas con otras, se refuerzan mutuamente para poder lograr el efecto general y masivo que caracteriza a la disciplina como tecnología capitalista de biopoder; en otras palabras, como presupuesto político de la reproducción de cualquier sociedad existente en el mundo contemporáneo.

3.2. El Poder Panóptico

La tecnología de la disciplina capitalista adquiere un cuerpo y una denominación precisa con la imagen del panóptico, que Foucault retoma de Jeremías Bentham.

El panóptico es una máquina de poder en donde existe un inmenso edificio circular que tiene en su centro una torre repleta de pequeñas ventanas, desde donde es posible contemplar la totalidad de las habitaciones que se encuentran a lo largo del edificio periférico, las cuales poseen enormes ventanales en dirección a la torre de vigilancia.

Puede considerarse que el panóptico es la metáfora por excelencia de lo que Foucault entiende por poder disciplinario. El estado, la policía, la burocracia, el poder en los monopolios, la familia, la escuela, funcionan como grandes panópticos de control y fiscalización cotidiana ejercida por parte de los que detentan el poder sobre aquellos que lo sufren.

El panóptico se vuelve la concretización en instituciones de la disciplina capitalista. La descripción literaria más lograda del panoptismo quizá sea la de George Orwell en su célebre novela 1984, en la cual el Estado totalitario aparece acechando, hostilizando y juzgando la vida privada, cada vez más restringida y avasallada, de los individuos. El amor, los sentimientos en general, el pensamiento crítico, son substituidos por el dogma, la fe, la delación, el temor, la traición, la sumisión y el castigo a los que son sometidos los

seres humanos por el centro absoluto de poder: el Leviatán tecnocrático o la figura dictatorial del Gran Hermano.

La maquinaria panóptica tiene como función primordial la de inducir en el detenido y excluido de la sociedad, un estado consciente y permanente de que están siendo controlados en la vigilia y el sueño, en el día y la noche por los guardias de la prisión o del orden público.

Cuando la vigilancia es constante en sus efectos, desde el momento en que el preso se siente eficazmente observado, entonces inicia un comportamiento de acuerdo con la normatividad impuesta, y el aparato panóptico comienza a funcionar de manera automática. Precisamente, el punto nodal del panoptismo consiste en lograr que los presos se sientan inspeccionados eternamente, a un grado tal que ellos mismos empiecen a autovigilarse y a comprometerse a no transgredir las reglas establecidas. Evidentemente, donde mejor funciona la maquinaria panóptica es en el caso de la cárcel. (19)

El panoptismo, como tecnología moderna de la disciplina, se convierte en una relación de poder independiente de quien la ejerce. El poder se desindividualiza y automatiza al punto de que no pueden existir papeles o roles fijos y eternos. Lo esencial de la disciplina panóptica es la distribución de los cuerpos, las superficies, las miradas, la vigilancia perenne, la inexistencia de espacios privados; lo importante es terminar con la peligrosa intimidad de la vida de los detenidos.

Si se utiliza la maquinaria panóptica poco importa quién ejerce el poder: si es bueno o malo, si es blanco o negro, moderno o primitivo el sujeto que vigila desde la torre, el psiquiatra o el presidente de un país. Tampoco interesa la clase de personalidad que tenga el sometido a la disciplina. Lo verdaderamente trascendental es el panoptismo como este arte de "crear y sostener una relación de poder con independencia de aquel que la ejerce", como esta técnica de control que posibilita la reproducción de la asimetría, el desequilibrio y la diferencia entre los que mandan y vigilan y los que obedecen y son vigilados. (20).

La maquinaria panóptica resulta ser tan perfecta, funciona de manera automática y es a tal grado sencilla, que cualquier individuo tiene la capacidad de accionarla, usufruirla o ser víctimas de ella. El vigilante de la torre puede, en un futuro, pasar a ocupar la celda, mientras que el preso se encuentra en la potencialidad de algún día ocupar el puesto de vigilante. En cualquier caso, los dos asumirían cabalmente su nuevo destino y seguramente harían funcionar eficazmente la relación disciplinaria vigilante-vigilado. De forma similar, los educandos pasarán a ser maestros, los hijos serán padres, etc. En esta infinita circularidad del poder, todos lo soportamos y lo ejercemos al mismo tiempo; somos dominados y dominadores a la vez.

Es posible que nos encontremos en la cumbre de la pirámide panóptica, pero también podríamos deslizarnos hasta los más ínfimos y miserables escaños de la elitista estructura so-

cial. En esta rotación incesante de personas, los únicos elementos imprescindibles son los lugares estratégicos que determinan quiénes, momentáneamente, tienen y ejercen el poder de vigilar y mandar, y quienes, transitoriamente, son vigilados y marginados.

El ideal supremo de la sociedad moderna panóptica es el de convertir a los ciudadanos en individuos dóciles mediante la disciplina y la autovigilancia. No basta con que los seres sociales se sientan perpetuamente vigilados desde la torre, el Estado, la familia o la sociedad en su conjunto, lo importante es el hecho de que los sujetos interioricen la normatividad, que asuman integralmente las funciones que les han sido asignados por las instituciones y que cumplan las expectativas que de ellos se espera. Cuando el individuo respeta sin cuestionamiento alguno la desigualdad de la que es víctima, desde el momento en que voluntariamente acepta su culpabilidad como individuo sospechoso, diferente y asocial, entonces sí podemos hablar del triunfo absoluto del panoptismo como tecnología de la disciplinarización social. (21)

En Vigilar y castigar, Foucault sintetiza los objetivos principales del panoptismo:

- 1) Hacer que el ejercicio del poder sea lo menos costoso posible. Ello implica, económicamente hablando, la escasa inversión de capital en una maquinaria de poder que en todo momento debe ser eficaz y precisa en la asignación de los papeles asimétricos. Políticamente, el panoptismo debe de

ser confiable por su discreción y su relativa invisibilidad.

- 2) Hacer que la vigilancia se convierta en una maquinaria cuyos efectos se generalicen e intensifiquen a lo largo y a lo ancho del cuerpo social. Mientras más amplias sean sus manifestaciones de control y menores los espacios para la vida privada de los individuos, mejor funcionará la maquinaria de domesticación y sometimiento de la sociedad, y mayores serán los frutos económicos obtenidos a partir de la estabilidad social y la productividad laboral, resultado de la proliferación de la disciplina. (22)

La disciplina debe introducirse en la sociedad con la intención de crear pequeños panoptismos en todas las instituciones: en los aparatos pedagógicos, industriales, de salud, del saber, etc. Sólo así es posible reforzar y multiplicar la disimetría de los poderes que existen desde la familia hasta el Estado, y establecer la justificación ideológica y consensual de que tales jerarquías son naturales y necesarias para el bien de la colectividad.

El discurso del poder disciplinario que cimenta al panoptismo no es otro que el de la sacralización de lo normal, sano, bello, fuerte, bueno y verdadero, frente a la denostación y el odio radicales de todo aquello que se parezca a la diferencia, la crítica, la rebeldía, la autonomía, la marginalidad, etc. El saber panóptico se organiza alrededor de la norma, distinguiendo dogmáticamente lo que es normal de lo anormal, lo correcto de lo incorrecto, lo que debe o no hacer-

se. (23)

Es interesante observar cómo, partiendo de la reivindicación de los poderes microfísicos, Foucault llega al planteamiento de que existe una forma de poder generalizada, con efectos y manifestaciones globales y masivos como los que caracterizan a la disciplina ejercida a través del panoptismo. (24)

El sistema amplificado de poder asegura la reproducción del cuerpo social, aumenta la rentabilidad y productividad de los individuos dóciles, reduce el índice y la frecuencia de la contestación intelectual y fortalece el esquema jerárquico de la moral pública. De este modo, el panoptismo se transforma en el principal instrumento de la disciplina en tanto que ésta conforma la "anatomía política" de la sociedad.

Unicamente entendiendo al panoptismo como presupuesto político de la reproducción social, seremos capaces de comprender la metáfora foucaultiana que concibe a la disciplina como "la vertiente oscura" del proceso de consolidación de la burguesía en tanto que clase hegemónica en el capitalismo. (25)

Foucault se da cuenta de que el triunfo del capitalismo sobre su pasado feudal, implicó la imposición de un nuevo marco jurídico burgués basado en la postulación de la igualdad, la libertad y la democracia. Sin embargo, la instauración final de esta nueva lógica ético-cultural capitalista tuvo que fincarse necesariamente en el complejo sistema de micro poderes asimétricos que constituyen el habitat adecuado para la inoculación de la disciplina panóptica.

La estrategia capitalista ha dado resultados: la disciplina se ha convertido en la forma más acabada y eficaz para la consecución de individuos con cuerpos dóciles y almas sometidas al poder socialmente establecido. "Las disciplinas reales y corporales, dice Foucault, han constituido el subsuelo de las libertades formales y jurídicas".⁽²⁶⁾ La correlación de economía y política, entre microfísica y macrofísica queda debidamente documentada con esta cita de Vigilar y castigar.

En este mismo texto, Foucault logra una brillantísima frase que sintetiza, en su brevedad, toda la riqueza teórica y metodológica de su pensamiento, la cual hemos querido recuperar en este capítulo: "Las luces, que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas".⁽²⁷⁾

3.3. El Poder Carcelario

3.3.1. La Cárcel como Sometimiento del Cuerpo y el Alma

Vigilar y castigar es, probablemente, el libro más deslumbrante de Foucault. Hay en él, conjuntados magistralmente, una teoría del poder como tecnología, una investigación y exposición históricas de la conversión del poder de la soberanía feudal en maquinaria disciplinaria durante la época moderna capitalista; todo ello narrado con un lenguaje rico en imágenes poéticas y haciendo gala de enorme erudición y belleza en la descripción de los sucesos expuestos.

En este texto se describen también las manifestaciones propias de la disciplina que caracterizan al encierro carcelario. Se pretende analizar cuáles son las modificaciones históricas de la vigilancia y el castigo penitenciario en tanto que poder y discurso específicos de la modernidad, respecto de la punición y el dominio antes de la aparición del capitalismo.

La cárcel constituye el modelo por excelencia de la nueva concepción del poder disciplinario que se instaura como realidad preponderante desde el siglo XVIII en adelante.

Con el objeto de precisar las causas que llevaron a la moderna transformación de las prácticas habituales de la detención y el encierro, Foucault se remite a la explicación de las características principales del suplicio como manifestación esencial del poder soberano en la etapa feudal. Al respecto, dice lo siguiente: el suplicio es un ritual "en el que el príncipe se muestra a la vez, y de manera indisociable, bajo el doble aspecto de jefe de justicia y de jefe de guerra. La ejecución pública tiene dos caras: una de victoria y otra de lucha. Por una parte, cierra solemnemente una guerra entre el criminal y el soberano; (...) [por la otra], debe manifestar el poder desmesurado del soberano sobre aquellos a quienes ha reducido a la impotencia. La disimetría, el irreversible desequilibrio de fuerzas, forma parte de las funciones del suplicio. Un cuerpo anulado y reducido a polvo y arrojado al viento, un cuerpo destruido trozo a trozo por el infinito poder del soberano". (28)

Durante la servidumbre medieval, la importancia del castigo residía en que se manifestaba el poder absoluto del soberano. El suplicio era un espectáculo en el cual participaban en forma activa la corte, el detenido, el verdugo y el pueblo que acudía al acto punitivo final: la decapitación o la horca de los acusados. La muerte del castigado se convertía en una venganza del soberano, en un ejemplo sin límites del poder paroxístico del Rey.

A través de la condena y del ritual del suplicio, el monarca se ligaba con el pueblo que presenciaba la exacerbación del poder individual. Los sistemas punitivos precapitalistas, además de sustentarse en la identificación del poder con el individuo que reinaba, tenían como función principal la de aportar mano de obra suplementaria para el rey, y la de constituir una esclavitud "civil" de acuerdo con los fines de la guerra, el comercio y la explotación de la tierra perteneciente a los señores feudales. (29)

Las nuevas formas del castigo aparecen con el desarrollo de la economía mercantil, cuando la presencia de industrias manufactureras y fabriles incrementan la necesidad de un mercado libre donde proliferen la mano de obra barata. El surgimiento del trabajo asalariado, jurídicamente libre, permite que los obreros vendan su fuerza de trabajo según las leyes del mercado capitalista, lo cual hace necesaria la consolidación de un mecanismo de control y punición ya no basado en el espectáculo, la ira o la venganza del Rey contra sus súbditos, sino más bien, apoyado en un discurso ideológico que concibe

la detención como readaptación y corrección de los detenidos, con la finalidad de reincorporarlos progresivamente al mercado de trabajo. (30)

En las postrimerías del siglo XVIII, la burguesía asciende vertiginosamente al poder político, preocupada como estaba por afianzar las riendas de un poder económico conseguido previamente, después de un largo y dificultoso camino de luchas, negociaciones, robos, sacrificios y conquistas. Es en este contexto que se elige a la prisión como forma esencial de castigo y readaptación de todos aquellos individuos marginales, asociales, delincuentes y rebeldes. La idea directriz de la cárcel es la de enderezar y reubicar a los apresados dentro de la normalidad capitalista en ascenso, la cual, hemos dicho, requiere de mano de obra barata y disciplinada. (31)

De esta forma y bajo esta lógica surge la disciplina capitalista con sus tácticas prototípicas: el encierro, la vigilancia, la fiscalización, el control de los gestos, la discriminación, la imposición de hábitos y normas de conducta; es decir, se introduce la práctica de la domesticación de los individuos.

Una de las preocupaciones fundamentales del sistema carcelario es la de lograr el sometimiento del cuerpo de los sujetos sociales. El cuerpo forma parte de un espacio económico y político. No es lo mismo un cuerpo débil y enfermo que uno fuerte y sano. El cuerpo, según Foucault, está imbuido de relaciones de poder en tanto que representa una potencialidad productiva necesaria para el desarrollo y reproducción

de las relaciones capitalistas. El cuerpo se convierte en maquinaria útil de trabajo una vez que ha sido sometido y reeducado mediante la disciplina. (32)

La celda pasa a ser una solución ideal como técnica disciplinaria: priva de la libertad a los presos, los somete físicamente mediante el racionamiento de la alimentación, la prohibición de la sexualidad, la represión, la tortura y la exclusión.

La disciplinarización del cuerpo no es suficiente si no va acompañada del sometimiento importantísimo de las almas de los presos. En este sentido, la prisión también debe preocuparse por reeducar y reconducir adecuadamente los espíritus de los encarcelados.

A través del uso del castigo como práctica de la marginación, el hacinamiento, los trabajos forzados, la pésima alimentación, la carencia de libertades, la insuficiencia de aire y luz, la monotonía y la soledad, la cárcel se convierte en un modelo perfecto de tecnología de coerción sobre los cuerpos y las almas de los reclusos. (33)

El ejemplo de la cárcel como espacio reglamentado donde se castiga, educa y corrige a los individuos asociales, será posteriormente generalizado a todas las instituciones sociales. La intención es la misma: crear una alma y un cuerpo modernos, absolutamente disciplinados, en la familia, la escuela, el hospital, el ejército, la iglesia, la fábrica, es decir, en el conjunto de la sociedad civil, con miras a obtener un dócil y efi-

caz comportamiento de los hombres y mujeres en la producción económica y en la actividad política.

El alma disciplinada, advierte Foucault, se transforma en "prisión del cuerpo", en pieza esencial de la dominación que el poder ejerce sobre el cuerpo, en instrumento de una "anatomía política" que sirve para fundamentar la reproducción de las sociedades modernas. "Esta alma real e incorpórea no es en absoluto sustancia; es el elemento en el que se articulan los efectos de determinado tipo de poder y la referencia de un saber, el engranaje por el cual las relaciones de saber dan lugar a un saber posible, y un saber prolonga y refuerza los efectos del poder". (34)

El actual sistema carcelario se ha propuesto juzgar y reeducar a los delincuentes, utilizando para ello el sometimiento de su cuerpo y el castigo de su espíritu. Controlar y manipular el soma y la subjetividad de los detenidos ha pasado a conformar la medula del poder político contemporáneo. No existe mejor camino para la dominación política racional y total, que la presencia de un cuerpo disciplinado dispuesto a obedecer tanto en la guerra como en la producción económica, y una alma sometida y manipulada de acuerdo con las necesidades de consenso que requiere la élite gobernante para dirigir la compleja maquinaria del poder disciplinario.

3.3.2. La Cárcel como Fábrica de Criminales

La cárcel es la forma de poder más delirante y exacerbada de la disciplina capitalista. En la prisión, advierte Foucault, "el poder no se oculta, no se enmascara, se muestra como tiranía llevada hasta los más ínfimos detalles, poder cínico y al mismo tiempo puro, enteramente "justificado" ya que puede formularse enteramente en el interior de una moral que enmarca su ejercicio: su tiranía salvaje aparece entonces como dominación serena del Bien sobre el Mal, del orden sobre el desorden". (35)

La desnudez del poder, sus dimensiones excesivas de encierro, exclusión y privación de la libertad, se encuentran moralmente justificadas como prácticas necesarias para salvaguardar la existencia de la sociedad.

Aunque la intencionalidad del sistema penitenciario consiste en reeducar a los presos para reintegrarlos a su ámbito social, sin embargo en la realidad, excluyendo los retóricos propósitos moralistas, la prisión es una verdadera fábrica de criminales. (36)

Mediante su investigación histórica, Foucault demuestra que desde 1820 la cárcel moderna no corrige ni mucho menos reeduca a los prisioneros, por el contrario, el sistema de exclusión y culpabilización utilizado en las prácticas penitenciarias, transforma a los presos en individuos resentidos, atemorizados, siempre a la defensiva y permanentemente dispuestos a tomar venganza de sus acusadores o de la sociedad en su conjunto. (37)

Es en la prisión donde los pequeños criminales se transforman en grandes delincuentes. Ahí se conforma el lugar más propicio para aprender todo el amplísimo acervo informativo sobre cómo robar, huir, asesinar, chantajear y vivir de la delincuencia.

Por otro lado, el individuo que ha sido "separado" de la sociedad, aquel que ha pasado con justicia o sin ella por los recintos sórdidos y deprimentes de la cárcel, necesariamente se transforma en un ser "apestado", signado y anatematizado de por vida como "sospechoso" y potencialmente "peligroso". El exprisionero jamás volverá a ser el mismo sujeto que solía ser antes de padecer el encierro carcelario, su cuerpo y su alma serán diferentes y la aceptación por parte de la sociedad en la que vive estará reducida al mínimo o será nula. La vuelta a la libertad se convierte en una verdadera pesadilla de todos los días; intentar conseguir trabajo pasa a ser una odisea funesta y tragicómica. La mujer, los hijos, los padres también sospechan del pasado, presente y futuro del expresidiario. Finalmente, el propio exconvicto comienza a cuestionar la posibilidad de su reintegración a la sociedad y, producto del resentimiento y la hostilidad de la cual es víctima, decide transformarse, por no hallar otra alternativa viable, en un verdadero delincuente profesional. (38)

Los encarcelados tienen la función de vigilar a los otros prisioneros, sobre todo si son de nuevo ingreso. Los mismos presos se convierten en policías, al tiempo que los guar

dianes practican la delincuencia, el cohecho y la corrupción. Todo ello se refleja en las interdependencias, alianzas y negocios entre la policía y el crimen organizado, los jueces y los inculpados, el poder político y la mafia, la gran industria y las instituciones militares; interrelaciones económicas y políticas que constituyen una lacerante realidad del mundo contemporáneo.

En sus investigaciones sobre la historia de la prisión, Foucault encontró material suficiente como para documentar fehacientemente la forma mediante la cual los grandes criminales fueron utilizados por la policía y el aparato de poder, ya fuera con la intención de atrapar a otros malhechores o para descubrir a policías espías.

La compleja maraña de espías y contraespías, de agentes y dobles agentes, de corrupción y delación a partir del manejo de información militar o política con carácter supersecreto, se ha convertido en la imagen más representativa de una realidad actual caracterizada por los conflictos internacionales entre el bloque occidental capitalista y el oriental "socialista", por el enfrentamiento de los países imperialistas con los países dependientes.

Si no existiera la delincuencia, dice Foucault, habría que inventarla, pues entonces la presencia de la policía no tendría el alto grado de legitimidad institucional de la que goza como aparato necesario para garantizar la paz social. Es el miedo a los criminales lo que hace tolerable la existencia

de la policía. (39) La subsistencia del sistema coercitivo policiaco-militar queda justificada por el sólo hecho de que hay criminales, locos y revolucionarios que atentan contra la seguridad y estabilidad de la sociedad y su Estado establecido.

En referencia a la complicidad e interrelación entre el Estado, la policía y la delincuencia, Foucault nos recuerda el celeberrimo caso de la llegada al poder de Napoleón III, quien se valió de los marginados, desempleados y criminales de París con el propósito de arribar al poder absoluto, utilizando los como fuerza organizada de presión y choque contra las fuerzas democráticas y republicanas. (40)

La cárcel interesó enormemente a Foucault no sólo porque ella constituía la forma más perfecta de la disciplinación de los prisioneros, sino por el hecho de que sirvió de ejemplo para las otras instituciones sociales convertidas en efectivos micropoderes. A partir del modelo carcelario, la familia, la escuela, la fábrica, el orfanatorio, el asilo, el hospital, las correccionales, las burocracias, etc. reprodujeron de manera siempre específica el conjunto de tácticas utilizadas por la disciplina para someter a los individuos habitantes de la modernidad capitalista. (41)

La prisión, en tanto que paradigma de la disciplina, es, indudablemente, un requisito indispensable para el funcionamiento adecuado de la sociedad actual.

La normatividad surgida de ciertos valores y hábitos impuestos, del sometimiento del cuerpo y el alma de los indivi-

duos, de la vigilancia y autovigilancia, de la culpabilización, discriminación y el castigo, ha conducido a la creación de una sofisticada tecnología de poder disciplinante, la cual ha sido adaptada y utilizada por el conjunto diverso de recintos sociales microfísicos con la intención de constituirse en "el gran soporte del poder normalizador". (42)

Paradójicamente, la presencia de la disciplina como forma capitalista de poder es tan contundente y apabullante que se nos aparece como si fuera un espectro intangible, que aunque no puede ser visto ni tocado ni olido, indudablemente está presente, deja sus huellas, nos hierde y determina cotidianamente, y nos mantiene viviendo tal como somos y aparecemos actuando en el mundo contemporáneo.

NOTAS DEL CAPITULO TERCERO

- 1.- Cfr. Foucault, Microfísica del poder, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980, p. 149.
- 2.- Cfr. ibid., p. 149.
- 3.- Cfr. Foucault, Vigilar y castigar, Ed. Siglo XXI, México, 1980, p. 221.
- 4.- Ibid., p. 223.
- 5.- Ibid., p. 223.
- 6.- Cfr., ibid., p. 224.
- 7.- Foucault, "Cómo se ejerce el poder", en La Cultura en México, Revista Siempre, 13/3/85, p. 41.
- 8.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., p. 222.
- 9.- Cfr. Foucault, Historia de la sexualidad, Ed. Siglo XX, Mexico, 1983, p. 168-169.
- 10.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., p. 301.
- 11.- Cfr. ibid., p. 142.
- 12.- Cfr. ibid., p. 147.
- 13.- Cfr. ibid., p. 182.
- 14.- Foucault, "El ojo del poder", en J. Bentham, El Panóptico, La Piqueta, Madrid, 1982, p. 18.

- 15.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., p. 203.
- 16.- Cfr. ibid., p. 214.
- 17.- Cfr. Foucault, La verdad y las formas jurídicas, Gedisa, Barcelona, 1978, p. 128.
- 18.- Cfr. Foucault, "El poder y la norma", en Revista La Nave de los Locos, No. 8, verano, 1984, Universidad de San Nicolás, Morelia, Mich., p. 11.
- 19.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., p. 205.
- 20.- Cfr. ibid., p. 205.
- 21.- Cfr. ibid., p. 205.
- 22.- Cfr. ibid., p. 221.
- 23.- Cfr. Foucault, La verdad y..., ob. cit., p. 100.
- 24.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., pp. 211 y 212.
- 25.- Cfr. ibid., pp. 224 y 225.
- 26.- Ibid., pp. 224 y 225.
- 27.- Ibid., pp. 224 y 225.
- 28.- Ibid., p. 56.
- 29.- Cfr. ibid., p. 31.
- 30.- Cfr. ibid., p. 32 y 149.
- 31.- Cfr. Foucault, "¿Por qué el poder?", en El Gallo Ilustrado, Diario El Día, 19/8/84, p. 5.

- 32.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., pp. 32 y 33.
- 33.- Cfr. ibid., pp. 36, 37 y 130.
- 34.- Cfr. ibid., p. 36.
- 35.- Cfr. Foucault, Microofísica..., ob. cit., p. 81.
- 36.- Cfr. Foucault, Vigilar..., ob. cit., pp. 94-96.
- 37.- Cfr. ibid., p. 90.
- 38.- Cfr. ibid., p. 91.
- 39.- Cfr. ibid., p. 96.
- 40.- Cfr. ibid., p. 90.
- 41.- Cfr. ibid., pp. 305 y 306.
- 42.- Cfr. ibid., p. 311.

4.- EL PODER EN LA SEXUALIDAD

"Para un hombre refinado, la eminencia en los negocios humanos significa un obstáculo más grave, pues el poder casi absoluto entraña riesgos de adulación o de mentira. La idea de que un ser se altera y cambia en mi presencia, por poco que sea, puede llevarme a compadecerlo, despreciarlo u odiarlo. He sufrido estos inconvenientes de mi fortuna tal como un pobre sufre los de su miseria. Un paso más, y hubiera aceptado la ficción consistente en pretender que se seduce, cuando en realidad se domeña. Pero allí empieza el riesgo del asco, o quizá de la tontería".

Adriano / M. Yourcenar

4.1. Hipótesis sobre la Sexualidad No Represiva

La sexualidad también fue investigada por Foucault con la intención de profundizar su concepción a propósito de la tecnología del poder. Al respecto, precisa que "se trata de determinar, en su funcionamiento y razones de ser, el régimen de poder-saber-placer que sostiene en nosotros el discurso sobre la sexualidad humana".⁽¹⁾

En otras palabras, Foucault pretende con su indagación, descubrir las relaciones existentes entre el discurso sobre lo sexual, las prácticas de poder en la sexualidad y las manifestaciones del placer que surgen o se reprimen tanto en el ámbito discursivo como en el ejercicio del sexo.

El proyecto de investigación contiene las siguientes hipótesis de trabajo: 1) la proliferación incesante del discurso sobre la sexualidad; 2) la diseminación de las técnicas de poder que condujeron al polimorfismo sexual; y 3) la conversión del discurso sexual en ciencia, en sexología.⁽²⁾

Para documentar sus hipótesis, Foucault se propuso investigar: 1) la forma como funciona el discurso sobre el sexo; 2) cómo el discurso se desliza y ramifica en las conductas sociales e individuales hasta alcanzar formas perceptibles de deseo, con la expresa finalidad de controlar el placer cotidiano; y 3) cuál es la voluntad de saber que sirve de soporte e instrumento del sexo y cómo ella fundamenta la existencia contemporánea de las técnicas polimorfas del poder sexual.⁽³⁾

A partir del siglo XVII, afirma Foucault, ocurre una proliferación de los discursos sobre el sexo. Aunque persiste un control, una censura y manipulación del saber sexual, sin embargo el discurso se difunde, masifica, explaya, manifiesta e incide a lo largo y ancho del cuerpo social. Las finalidades implícitas a esta diseminación de la sexualidad son evidentes: incrementar la población laboral, aumentar la oferta de mano de obra barata y convertir el deseo en discurso con la intención de controlarlo mediante la confesión y la autorrepresión características de las prácticas sexuales.

Sin embargo, aunque la censura y la prohibición acompañan permanentemente a la historia de la sexualidad, lo importante a considerar es el hecho de que los mecanismos represivos forman parte de una economía general de los discursos sobre el sexo, la cual se ha caracterizado, en la etapa moderna de la sociedad, por su dimensión positivo-afirmativa, es decir, por su constante reproducción, difusión y reglamentación legitimadas institucionalmente.

La sociedad capitalista, según Foucault, no opuso al sexo un rechazo, por el contrario, construyó un aparato productor de verdades mediante el cual se normativizaba la conducta sexual y se creaba un saber específico socialmente aceptado: la sexología. El sexo se constituyó de esta forma en una peculiar maquinaria reglamentada de placer, la cual siempre ha estado ligada a las necesidades políticas del sistema dominante y a un cierto orden regimentado de saber. (4)

El discurso sexual moderno ha creado una rica variedad de mecanismos positivos productores de saber, inductores de placer y generadores de poder sobre el cuerpo, la sensibilidad y las relaciones amorosas de los individuos.

Estos mecanismos positivos de la sexualidad se articulan con las tácticas de prohibición y ocultamiento implícitas a ésta, con el objeto de producir estrategias específicas de poder⁽⁵⁾ a las que es necesario concebir como técnicas del dominio y de la disciplinarización de los individuos.

El planteamiento sobre la existencia de una tecnología de poder que no solamente es represiva sino que funciona en forma positiva y productiva, conforma la hipótesis más novedosa e interesante de Foucault en la Historia de la sexualidad.

Para postular la presencia de un poder positivo-productivo es indispensable la desacralización de la dogmática concepción tradicional que siempre remitía la explicación del poder hacia el referente de la ley, la norma y la prohibición de la sexualidad. Aunque ciertamente resulta impropio subestimar la importancia de la represión del sexo a través de la historia, Foucault pretende demostrar que el poder-saber sexuales constituyen una tecnología particular del sexo, enormemente compleja, en donde se generan efectos positivos que trascienden la simple represión y censura del ejercicio sexual cotidiano.⁽⁶⁾

Dentro de esta lógica de pensamiento, Foucault afirma que la sexualidad es "una gran red donde la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación

al discurso, la formación de conocimientos, el refuerzo de las resistencias y los controles se encadenan unos con otros según grandes estrategias de saber y de poder". (7)

El hecho de que el poder sea afirmativo-productivo y no sólo una práctica de inhibición y negación, no quiere decir que el carácter positivo del poder se asocie con lo bueno o lo bello, y el negativo con lo malo y lo feo. Foucault rompe con la antítesis positivo-negativo y con las connotaciones tradicionales que esos términos conllevan. Para él, la sexualidad, y en general todas las manifestaciones del poder, son positivas porque presuponen la afirmación de ciertas conductas, la eficacia y racionalidad presentes en la relación medios-fines, la protección, ampliación y reproducción de la vida, la voluntad del binomio poder-saber; pero en ningún momento considera que el poder positivo implique la extensión de prácticas represivas y negativas, a las cuales, por el contrario, considera como indisolubles de las actitudes del poder.

Sin embargo, lo que preocupa a Foucault es el hecho de que las teorías tradicionales sobre el poder han priorizado excesivamente los mecanismos que la prohibición; utilizando para ello los parámetros del derecho tradicional, sin haberse nunca dado cuenta de la importancia que tiene el poder en sus dimensiones afirmativas-productivas, es decir, como expresión de la voluntad de saber y poder. (8)

En el transcurso de su investigación sobre el poder sexual, Foucault se percató de la forma como el poder penetra

materialmente a los cuerpos, y partiendo de este hecho, explicó la presencia en la modernidad de "una red de biopoder, de somato-poder que es al mismo tiempo una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural en el interior de la cual nos reconocemos y nos perdemos a la vez".⁽⁹⁾

Mediante la introducción del poder en el cuerpo de los individuos se genera un placer de la carne, un gusto por la sensualidad que debe estar regulado y controlado socialmente. De esta forma, el poder ejerce sobre el placer una diversidad de técnicas de indagación, vigilancia, acechanza, espiación e iluminación con la finalidad de domesticar el deseo que sienten los cuerpos sexualizados.

La sexualidad y su discurso se transforman en una espiral perpetua de poder y placer, de incitación e inhibición, de reproducción y control de la natalidad, de proliferación y censura, de provocación morbosa y culpabilización, de seducción y autorrepresión, inducidos por la complejísima tecnología del sexo.⁽¹⁰⁾

Los mecanismos positivos y negativos con que cuenta el biopoder sexual se materializan en el conjunto de instituciones sociales desde la familia y la escuela hasta llegar al Estado. La diversidad de micropoderes coinciden en la necesidad de someter la sexualidad a una normatividad socialmente legalizada, económicamente rentable y políticamente manipulable.⁽¹¹⁾

Aunque la censura y la prohibición están presentes en la normalización y control de la sexualidad, es evidente que

la "economía del placer" — en tanto que forma de poder se ha transformado en una extensa maquinaria de regimentación sexual, la cual es políticamente cambiante de acuerdo con la coyuntura histórica que se esté viviendo: si se transita por un período de enorme aumento demográfico o si hay escasez de mano de obra; si conviene introducir las modernas técnicas para controlar la natalidad o si resulta costosa en términos políticos la legislación en favor o en contra del aborto; si la sociedad atraviesa por un proceso de "liberalización" cultural en los comportamientos sexuales o si se ha producido un reforzamiento de las tradiciones familiares monogámico-patriarcales; en todos estos diversos casos, la sexualidad funciona como instrumento de un poder económico-político esencialmente dirigido a disciplinar a los individuos.

Foucault pudo comprobar repetidamente su hipótesis sobre la sexualidad positivo-afirmativa, al observar sucesos contemporáneos como: la actual "liberalización" de las prácticas sexuales, el auge de la prostitución como industria comercial, la masificación de la pornografía, la mistificación de la sexología, la mercantilización del sexo en los medios de comunicación de masas, la utilización del cuerpo bello como instrumento de poder y prestigio, etc. Al respecto, afirmaba que "poder y placer no se anulan (...) se persiguen, se encabalgan y reactivan. Se encadenan según mecanismos complejos y positivos de excitación y de incitación". (12)

4.2. La Represión en la Sexualidad

En este apartado analizaremos los mecanismos represivo-negativos que coexisten con los efectos positivo-afirmativos inherentes a la tecnología de poder en la sexualidad.

El silencio, por ejemplo, en términos de lo que se dice y se calla, forma parte de la estrategia del poder en la sexualidad.⁽¹³⁾ Además de la prohibición de hablar, surge en las escuelas, conventos, monasterios, hospitales, iglesias, etc., un discurso reglamentado y canonizado sobre la función del sexo. Cualquier individuo aprende lo que se debe y puede decir, al igual que conoce con perfección aquello que resulta inadecuado mencionar a propósito de la normatividad sexual.

Más que estar estrictamente censurado, los últimos tres siglos muestran que el sexo está fundamentalmente codificado en un discurso que presupone la presencia de lo prohibido y pecaminoso, la distinción entre lo puro y lo perverso, la recurrencia al secreto, a la intimidad y a la confesión. En este sentido, la sexualidad se convierte en el secreto, en lo más sagrado, en tabú social del cual todos saben, sospechan, aducen, incitan, pero del que nadie debe revelar, manifestar o ejercer su práctica en forma ostentosa y pública.⁽¹⁴⁾

Durante los primeros años del siglo XIX se estructura la familia canónica moderna, la cual aparece cada vez más como un instrumento de control político y regulación económica indispensable para el afianzamiento del proceso capitalista en as

censo.⁽¹⁵⁾ La familia urbana, fijada en el barrio obrero, reproduce la fuerza de trabajo asalariada y sustituye a la vieja célula familiar precapitalista circunscrita al medio rural y a la vida campesina.

Lo que a principios de siglo se constituyó como una simple "moralización de las clases pobres", como una nueva y sencilla normatividad sexual impuesta al conjunto de la sociedad, se transformó durante las postrimerías de la época decimonónica, en un sistema complejo de control judicial y médico de la vida sexual y sus perversiones; todo ello en nombre de una supuesta protección general de la sociedad y la raza.⁽¹⁶⁾

Desde el siglo XVIII y de manera contundente en el XIX, prolifera un discurso sobre la sexualidad esencialmente sustentado en una estrategia de poder disciplinante que implica: la canonización de la relación matrimonial heterosexual, la prohibición de la sexualidad infantil, y la estigmatización de las prácticas polimorfas identificándolas con los placeres perversos.⁽¹⁷⁾

La sexualidad capitalista se caracteriza, según Foucault, por edificar "una red compleja, saturada de sexualidades múltiples, fragmentarias y móviles"⁽¹⁸⁾ en donde se separa a los adultos de los niños, a los varones de las hembras, a la familia de la servidumbre.

A medida que transcurre el capitalismo nace en occidente una nueva reglamentación de los poderes y los placeres, la cual, a pesar de que condena la sexualidad polimorfa, sin em

bargo, facilita la explosión de las sexualidades heréticas y subversivas. Nuestra época, señala el autor de Vigilar y castigar, también ha sido iniciadora de las heterogeneidades sexuales, ⁽¹⁹⁾ y ello fue así a pesar de el enorme lastre de culpabilización y represión heredado de la cultura judeo-cristiana.

El sexo en el capitalismo forma parte de una tecnología política de la vida, de una biopolítica basada en la disciplinarización del cuerpo. A través del adiestramiento corporal, el control y la vigilancia de la economía libidinal, los seres humanos entramos en un juego político consistente en regular y registrar periódicamente el crecimiento de las poblaciones según las necesidades demográficas que establece el Estado. ⁽²⁰⁾

Mediante el concepto de biopolítica Foucault explica cómo el sexo se convierte en una forma de poder, la cual, utilizando una serie infinita de vigilancias, prohibiciones, reglamentaciones y patrones de conducta se impone a los hombres y mujeres desde la infancia, a través del conjunto de las instituciones que conforman la sociedad. Los individuos capitalistas estamos acechados por certificados de nacimiento, escolaridad, vacunación, seguridad social, casamiento, empadronamiento, identidad, nacionalidad, ordenanza militar, afiliación política, y por último, de mortalidad. El conjunto impresionante de registros estadísticos y burocráticos refuerza el control político del Estado sobre la vida civil y privada de los individuos, y evidencia la lógica de poder consistente en separar y discriminar a unos ciudadanos de otros.

La utilización de la represión sobre el cuerpo, el control de la sexualidad y el castigo de las perversiones, forman parte de los mecanismos que instrumenta la tecnología del biopoder sexual para salvaguardar la estabilidad social, reforzar la especie, purificar la raza, evitar las enfermedades contagiosas y fortalecer la vitalidad de los cuerpos dóciles y productivos.⁽²¹⁾

Hoy como antes, la sexualidad debe restringirse a la reproducción familiar con el objeto doble de abastecer a la sociedad de mano de obra eficaz y poder, a través de la sexualidad monogámica, sublimar y canalizar la energía libidinal hacia la producción económica. Es necesario reglamentar la sexualidad no sólo porque ella permite la existencia de placeres perversos que atentan contra la moral tradicional, sino porque posibilita un costoso derroche de fuerzas materiales y subjetivas que obstaculizan el "sano" desarrollo de la sociedad.

Recientemente, ya muy avanzado el crecimiento de la sociedad tecnológica contemporánea, la sexualidad "libre" y polimorfa ha sido utilizada como un instrumento más de control político por parte del Estado, mediante su manejo como forma de desahogo y canalización inocua de frustraciones políticas debidas a la falta de libertades democráticas, o como sublimación de la terrible miseria que viven los marginados y explotados de los centros industriales. También es cierto que únicamente la sociedad capitalista de finales del siglo XX se ha dado el lujo de convertir a la sexualidad en industria del placer, poder y prestigio, en fábrica de objetos anhelados por el mercado de

consumo capitalista, en donde la prostitución, el matrimonio, el ascenso económico, el divorcio, el éxito, dependen del comercio sexual con el cuerpo y con la imagen estereotipada de la belleza, la potencia, la virilidad, etcétera.

Con la localización escrupulosa de la concupiscencia, al anatematizarse los pecados de la carne, y mediante la culpabilización de la vida sexual, se pudo crear esa compleja "tecnología racional de corrección" que conforma la esencia del biopoder sexual.

La tecnología del poder en la sexualidad utiliza diversos mecanismos que forman parte de su discurso como voluntad de saber: la legitimación del matrimonio monogámico, la exaltación de la fecundidad, la prohibición de las uniones consanguíneas, la prescripción de la endogamia, la condena judicial de las perversiones, el control pedagógico y médico de las desviaciones respecto de la sexualidad considerada normal. (22)

La multiplicidad de tácticas del biopoder sexual tienen como misión principal la de "asegurar la población, reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales; en síntesis: mostrar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora". (23)

De el conjunto de prácticas y dispositivos afirmativos y negativos que fabrica el biopoder para disciplinar a los cuerpos y a las almas de los sujetos capitalistas, hay cuatro que interesan especialmente a Foucault:

- 1) La histerización del cuerpo de la mujer mediante la clasificación y descalificación de la sexualidad femenina; proceso que se complementa con la conversión de la madre en una persona nerviosa e hipersexualizada que necesita aprender a controlar su sexualidad.
- 2) La pedagogización del sexo de los niños por medio de la clasificación y prohibición de la sexualidad infantil, sobre todo de la masturbación. En esta estrategia de poder se prioriza la represión de los niños cuando incurren en la práctica abierta de la sexualidad.
- 3) La socialización de las conductas procreadoras a través de la vigilancia que ejerce el Estado sobre la sexualidad legal familiar. Este dispositivo del biopoder se fundamenta en la planificación de la fecundidad de la pareja y en el registro y control de los nacimientos; promoviéndolos o censurándolos según convenga a los intereses políticos y económicos del Estado.
- 4) La psiquiatrización del placer perverso a partir de la introducción de un saber médico-científico que separa lo normal de lo patológico, lo verdadero de lo falso, lo científico de lo precientífico. Esta táctica busca la construcción de una tecnología correctiva de las anomalías sexuales y sociales. (24)

El conjunto de manifestaciones del biopoder sexual configura, sin duda alguna; uno de los temas más apasionantes de investigación en ciencias sociales, pero no sólo por lo que

se refiere a la sexualidad como ejercicio peculiar del poder, sino debido a todas las variantes y sutilezas que lleva consigo: la obsesión amorosa, el "amor loco", la separación de los amantes, la abyección de la dependencia al otro, el amor eterno o fugaz, la soledad, la mitificación o el escepticismo del amor, etc.

4.3. *La Ciencia de la Sexualidad*

Uno de los aspectos más interesantes del biopoder sexual es la transformación de la sexualidad en discurso institucional, en ciencia, en una voluntad de saber específica que conocemos con el nombre de sexología.

El sexo se convierte en objeto del discurso. Los sexólogos pretenden atribuir al conocimiento absoluto del cuerpo humano; se apropian del derecho de analizar, codificar y controlar los deseos, las pulsiones y el placer de la gente a través de una teoría y práctica institucionales que encuentran su legitimación en el más grande mito sacrosanto de la modernidad: la ciencia.

La sexología emerge como síntesis de conocimientos, datos, análisis cuantitativos, estadísticos y proyectos de vigilancia sobre la vida sexual de poblaciones enteras. Se trata de construir un discurso racional, positivo, que favorezca el bienestar y la salud de la humanidad; se intenta controlar la sexualidad para adecuarla a un sistema general de biopoder

que sea benéfico para el conjunto de la sociedad.

Foucault advierte cómo la policía del sexo no sólo consiste en la prohibición y represión que acompañan la práctica de la sexualidad, sino que también reside en su reglamentación específica a través de la existencia de un discurso útil y público aceptado por todos: la sexología. (25)

El saber confesional, religioso, la mojigatería y el pudor que acompañan al discurso sexual medieval, todavía sustentado en la inoculación de la culpa y el temor al pecado, es sustituido por un saber científico normalizador que al modernizarse adquiere las características de la actual ciencia de lo sexual. (26)

El Estado, preocupado por las regulaciones demográficas, se da cuenta de que la conducta sexual de la población debe ser objeto de análisis permanente y blanco de su intervención política. Por ello decide controlar la vida civil y privada de los individuos mediante el registro de las tasas de natalidad, morbilidad, mortalidad, índice de matrimonios, frecuencia del celibato, cantidad de hijos, etc. El objetivo es evidente: reglamentar el ejercicio de la sexualidad para moldearlo y adaptarlo en provecho de la sociedad disciplinada, y convertir el comportamiento sexual de las parejas en una política económicamente concertada para beneficio del poder político Estatal. (27)

Los casos concretos de la prohibición de tener más de un hijo por familia en algunas sociedades asiáticas; el de

la exhortación a la reproducción familiar numerosa, a través de la promesa de obtención de beneficios económicos otorgados por el Estado, en ciertas democracias europeas; así como la glorificación de la familia soviética durante los años treinta del stalinismo, con el propósito de incrementar la mano de obra para el programa de industrialización forzosa, son algunos ejemplos de la correlación que existe entre economía, política y sexualidad.

Occidente, señala Foucault, no posee ningún tipo de ars erótica como ocurre en algunas sociedades orientales. Por el contrario, en lugar de preocuparse de el placer por el placer mismo, en vez de reconocer el binomio placer-deseo como experiencia subjetiva reivindicable al margen de la ley, la utilidad y la vigilancia estatales y religiosas, el capitalismo ha concebido una sexualidad íntimamente vinculada con la economía, la demografía, la medicina y el derecho. A diferencia del ars erótica oriental, occidente ha creado una scientia sexualis como instrumento al servicio del biopoder disciplinario capitalista. (28)

Otra modalidad específica del modo de vida burgués del oeste, es la recurrencia a la confesión como práctica de control del alma de los individuos. Mediante la confesión se promueven y afloran las verdades que interesan al poder. Somos, dice Foucault, una sociedad confesante: en la familia, la escuela, la burocracia, los hospitales, la justicia, las relaciones amorosas, el psicoanálisis; confesamos los pecados, crí

menes, deseos, sueños, malos pensamientos, secretos, nuestra sexualidad, enfermedades, infancia. La gente se confiesa en público y en privado a los padres, educadores, seres amados, al Estado, al médico, al juez, al sacerdote, etc. "La más descarada ternura, así como el más sangriento de los poderes necesitan la confesión. El hombre en occidente ha llegado a ser un animal de confesión". (29)

La confesión, así entendida, es el fundamento de la producción del discurso verídico sobre el sexo. Como penitencia ritual y como revelación y desenmascaramiento frente a todos los poderes establecidos, los individuos aceptan el sometimiento de su alma a la disciplina y vigilancia que ejercen los detentadores del poder; y al confesarse, convalidan la fiscalización que sobre ellos se ejerce y evidencian la necesidad que tienen de ser castigados por los poderes que luego también ejercerán contra otros seres humanos. (30)

La sexualidad capitalista contemporánea ciertamente es más libre que antes, se ha relajado y resulta menos autorrepresiva que durante el medioevo; sin embargo, no podemos cegar nos ante el actual, más perfecto y sutil control que se ejerce sobre la sexualidad, mediante la utilización del saber médico-científico que ha inventado la separación entre la sexualidad normal y la anormal, y el cual ha generado la condena de los placeres considerados como perversos. (31)

La sexología continúa siendo, en términos generales, mojigata, pero lo más grave de su instrumentación consciente o

inconsciente como mecanismo del biopoder, es su conversión en institución normalizadora y adaptativa de los individuos a su medio ambiente social; su transformación en un conjunto de técnicas diversas que prometen y aseguran la superación de las "patologías" y disfunciones sexuales, y la consecución de la felicidad familiar por medio de orgasmos garantizados.

Si se utiliza la perspectiva teórica de Foucault, y aunque él no analizó a profundidad este problema, se puede observar que la enorme cantidad de manuales de sexología, de técnicas, maquinarias e instrumentos portadores de placer e inductores del orgasmo, a lo único que han conducido es a la aparición de una mercantilizada tecnología del orgasmo cada vez más socorrida por cientos de individuos, los cuales localizan sus problemas existenciales en la frigidez, la impotencia, la eyacuación precoz y otras disfunciones que invariablemente se visualizan en su nivel más fisiológico, descuidando totalmente cualquier tipo de valoración de las relaciones subjetivas y afectivas de los individuos y las parejas.

La sexología, convertida en práctica conductista y discurso positivista, se preocupa por lograr un placer mecánico que lleve al orgasmo, y por adaptar a los hombres y mujeres a una sexualidad normalizada y "feliz" que implique la menor cantidad de conflictos posibles, la mejor asimilación a la sociedad, y la correcta regulación de la vida sexual de acuerdo con la planificación familiar que mejor convenga a los intereses políticos estatales.

La sexualidad contemporánea, siguiendo el análisis de corte foucaultiano, ha disociado el placer y el deseo de la afectividad y el amor. Los graves problemas de la crisis de la familia, de la separación de los amantes, de la ruptura generacional entre hijos y padres, de la monotonía matrimonial, etc., pretenden resolverse mediante el asesoramiento y las terapias que brindan a las familias los centros sexológicos y los manuales y métodos que conforman la "tecnología del orgasmo" como el gran mito de la felicidad sexual.

La disociación del placer respecto de la afectividad amorosa en la compleja maquinaria de la venta y el consumo de mercancías sexuales: ropa, objetos eróticos, afrodisiacos, modas, etc., corre paralela a la descrotización del cuerpo humano, a la subestimación de la sensibilidad de la piel y a la mistificación de la sexualidad genital.

A la moderna sexología no se le ocurre que el orgasmo tenga algo que ver con la intensidad afectiva de los hombres y mujeres comprometidos en el acto sexual; tampoco imagina la importancia del juego, la fantasía y la evocación en la búsqueda del placer; por ello recurre a las técnicas conductistas y a los instrumentos sofisticados para la incitación del goce sexual, como la única vía segura para conseguir la felicidad de los amantes sin amor.

La sexología diserta abundantemente sobre sus temas específicos desde las alturas de quien pontifica y tiene la verdad absoluta. Aparentemente su saber es neutral y ascético,

pues es una ciencia cuya finalidad suprema consiste en asegurar la producción técnica del placer en la familia tradicional y en curar y corregir las perversiones y aberraciones sexuales de los individuos. (32)

Al saber médico sexual le preocupa sólomente la higiene y la "normalización" sexuales de una sociedad caracterizada por la proliferación incontrolada de enfermedades venéreas, pero jamás se ha preocupado por el complejo mundo simbólico contemporáneo identificado con la soledad, la frustración y el vacío que se manifiestan en las relaciones sexuales vigentes, el cual es precisamente la causa que propicia la existencia de la tecnología del orgasmo y su discurso conductista, como huida patética y falsa del tedio y el desamor prototípicos de la sociedad actual.

4.4. *La Experiencia del Si y los Escritos sobre la Tecnología del Yo* (33)

Los dos últimos libros de Foucault, pero fundamentalmente el segundo de ellos: El interés por sí mismo, replantean de manera radical no sólo el proyecto original de La historia de la sexualidad, sino también algunos postulados de la perspectiva teórica utilizada en sus primeros textos.

De la preocupación por las reglas anónimas y formales de los discursos concebidos a partir de la discontinuidad, se pasa a la investigación de la subjetividad individual y colectiva como arte de la vida. De el tema del poder planteado

como fundamento de las relaciones sociales, Foucault descubre la enorme importancia de la moral en tanto que parte esencial de una ontología de la historia. (34)

Al estudiar la sexualidad en la Antigüedad Clásica, el autor de Vigilar y Castigar se da cuenta de la trascendencia de la ética como requisito imprescindible para poder entender el funcionamiento de la sexualidad, el deseo y el placer. (35)

Las últimas reflexiones de Foucault sobre la sexualidad tuvieron como marco de referencia precisamente la historia de la moral. Nuestro autor se percató de que había que distinguir entre los actos sociales en general y el código valorativo que los propiciaba y fundamentaba. La moral fue concebida, entonces, como conjunto de prescripciones sustanciales que se le imponían a los comportamientos de los individuos, a la cual resultaba impostergable investigar y comprender. Unicamente mediante el estudio de la moral se podía establecer correctamente la distinción entre actos permitidos y prohibidos, entre el valor positivo y el negativo de los diferentes comportamientos posibles. (36)

En el contexto general de la investigación histórica sobre la moral, Foucault llega al descubrimiento de la correlación básica existente entre la ética y la formación de la subjetividad social. Al respecto dice: "Y hay otro aspecto de estas prescripciones morales que, la mayor parte de las veces, no está aislado como tal, pero que me parece muy importante: el tipo de relación en sí, que yo denomino la ética, y que determi

na en qué forma el individuo se considera como el sujeto moral de sus propios actos". (37)

Podría decirse que Foucault investigó tres grandes temáticas genealógicas generales: cómo los hombres se convierten en sujetos de conocimiento; cómo los individuos nos transformamos en seres actuantes sobre otros hombres y mujeres, es decir, el asunto del poder; y, finalmente, la elaboración inconclusa de "una ontología histórica con relación a la ética por la que nos constituimos como agentes morales". (38)

En una de las últimas entrevistas que le hicieron, Foucault confiesa el aburrimiento que le produce la temática se xual en sí misma, y afirma ahí que el sexo es tedioso a tal grado, que no le interesó redactar una serie de textos que giraran en torno de planteamientos ya demasiado conocidos por él. (39) Prefería construir una nueva interpretación teórica, realizar una inédita investigación sobre la vinculación del poder y el saber con la moral y analizar sus manifestaciones a partir de la formación de una determinada tecnología del yo. (40)

La explicación de la apertura de este novedoso horizonte interpretativo se relata en la siguiente cita: "Mientras leía a Séneca, Plutarco y todos esos autores, me pareció que había en ellos un gran número de problemas concernientes al yo, la ética del yo, la tecnología del yo, y me vino la idea de escribir un libro formado por un conjunto de estudios independientes sobre diversos aspectos de la antigua tecnología pagana del yo". (41)

Para redactar El interés por sí mismo, Foucault se remitió al análisis del prioritario papel que cumple la lectura y escritura en la constitución del yo, así como a la trascendente función que la experiencia médica del yo tiene en ese mismo sentido.⁽⁴²⁾ El punto nodal es el descubrimiento de la importancia del poder interiorizado en el individuo, y la conceptualización de éste como agente social-moral. Es decir, frente a su tesis de que el poder conforma una relación circulante y microfísica que genera resistencias, el autor de Historia de la locura logra, al final de su vida, complementar su teoría genealógica del poder utilizando una interpretación del mismo en donde se recupera también la relevancia de la subjetividad, la cual se manifiesta principalmente en la edificación de cierta moral particular y no sólo en el plano de la geopolítica, entendida ésta como expresión de tácticas y estrategias de dominio.

En sus últimos escritos, Foucault busca no únicamente registrar los dispositivos de poder que discriminan los actos permitidos de los prohibidos, sino que se preocupa por establecer una técnica de análisis y diagnóstico del pensamiento moral, de sus orígenes, cualidades y peligros, de su poder de seducción y de todas las fuerzas oscuras que se ocultan detrás de él. No se investiga al discurso exclusivamente como saber estructurado o como ejercicio de poder, sino que también se le indaga como concreción de un complejo crucigrama de símbolos y valoraciones que se encuentran sustentando los actos prácticos de la acción social.⁽⁴³⁾

La conclusión de Foucault consiste en darse cuenta de que el poder sobre los otros, la necesidad de dominar a la naturaleza y a los otros hombres y mujeres es resultado de la disciplina y autocontrol permanente que ejercemos los seres humanos sobre nosotros mismos. Se sospecha de todo, pero fundamentalmente de uno mismo. Es la suspicacia y autovigilancia del sí mismo, lo que conduce hacia la "ascesis de la castidad" en tanto que proceso de subjetivación característico de la ética sexual emergida en las postrimerías de la Antigüedad".⁽⁴⁴⁾

El interés sustancial de Foucault consiste en descubrir la interrelación entre el poder sobre sí mismo y el poder sobre las cosas y los otros sujetos. Al respecto, afirma que "se trata de saber cómo uno se "gobierna" a sí mismo. Se quiere demostrar cómo el gobierno de uno mismo se integra a una práctica de gobierno de los otros. Es decir, se trata de llegar a saber cómo se forma una "experiencia", dónde están ligadas las relaciones con uno mismo y las relaciones con los otros".⁽⁴⁵⁾

Al estudiar la Antigüedad, Foucault advierte que el problema esencial de la época no es precisamente el poder o la sexualidad, sino más bien la moral; es decir, el cuestionamiento acerca de la técnica que se debía utilizar para vivir bien. Esta búsqueda del techné tou bien, este arte de la vida o del vivir, pasó a ser el rasgo más trascendente de la tecnología del yo que caracterizó la personalidad de los individuos que habitaron en la Grecia y la Roma clásicas.⁽⁴⁶⁾

De acuerdo con las investigaciones de Foucault, el

interés de los griegos era ciertamente la política, pero para poder llegar al buen gobierno de la ciudad se requería de una previa preocupación por uno mismo, en tanto que camino indispensable para la autocapacitación como gobernantes. "La preocupación de sí mismo comienza con Séneca, Plinio (...) cada uno debe preocuparse por sí mismo. La ética griega y grecoromana está centrada en un problema de elección personal, en una estética de la existencia". (47)

Para llegar a ser buenos ciudadanos resultaba indispensable la emergencia de una tecnología del yo específica, "se trataba de saber cómo gobernar la propia vida para darle la forma más bella posible (a los ojos de los otros, de sí mismo y de las generaciones futuras para las cuales se podría servir de ejemplo). Lo que yo intenté reconstruir fue esto: la formación y el desarrollo de una práctica de sí que tiene por objetivo constituirse a sí mismo como obrero de la belleza de la propia vida". (48)

La tecnología del yo proponía la conversión de la elección personal frente a la vida en una estética de la existencia. Esta idea fascinaba a Foucault porque veía en ella, parcialmente materializada, la loable aspiración suya de que la ética pudiera ser una manifestación de la existencia cotidiana sin estar relacionada con lo jurídico, con un sistema autoritario de poder o con una estructura disciplinaria. (49)

La preocupación por uno mismo, la aspiración a ser dueños de nuestro destino, el poder mirar algo bello sin sentir desco de apropiárnoslo, la ambición de poscer un perfecto

dominio del propio cuerpo y alma, todo ello conformó la técnica del buen vivir, el arte de la vida que definió a la tecnología del yo durante la Antigüedad. (50)

En el transcurso de su reflexión sobre la moral grecoromana, Foucault expuso algunas ideas sumamente interesantes, las cuales quisiéramos dejar consignadas aquí por lo que representan en riqueza imaginativa y en implicaciones teóricas y políticas.

Una de esas ideas se relaciona con la necesidad de superar el egoísmo-narcisismo que tipifica a nuestra sociedad capitalista, lo cual nos obliga a preguntarnos, junto con Foucault, si "¿somos capaces de tener una ética de los actos y de su placer que pudiera tomar en cuenta el placer del otro? ¿El placer del otro es algo que puede ser integrado a nuestro propio placer sin referencia a la ley, al matrimonio o a cualquier otra obligación?". (51)

Otra de esas ideas la conformaba uno de sus más caros anhelos: la propuesta de que la sexualidad se convirtiera en arte de la vida, en obra de arte inherente a la experiencia diaria. Consideraba que el sexo podría transformarse en fuente inagotable de creatividad individual y social; pensaba que era factible construir una nueva cultura sobre la base de elecciones sexuales libres y genuinas. Los seres humanos deberían no sólo buscar la afirmación de su identidad personal, sino que, utilizando la sexualidad libertaria, edificar una existencia imaginativa, un placer siempre novedoso y un de

seo apasionado y sincero. "El sexo, decía Foucault, no es una fatalidad, es la posibilidad de una vida creativa". (52)

El último asunto que quisiéramos reivindicar del riquísimo acervo discursivo de Foucault, es su confiada esperanza de que algún día estemos en la capacidad de concebir nuestras vidas mediante una nueva moral que nos conduzca hacia una "estética de la existencia" (a semejanza de los griegos), hacia el ejercicio de un arte del buen vivir alejado de la maquinaria de dominación, explotación, consumo y guerra que hoy padecemos. Al respecto afirma lo siguiente: "Lo que me sorprende es el hecho de que en nuestra sociedad el arte se ha convertido en algo que atañe exclusivamente a los objetos, y no a los individuos ni a la vida. Que el arte sea una especialidad realizada sólo por esos expertos que son los artistas. ¿Por qué no podría cualquiera hacer de su vida una obra de arte? ¿Por qué esta lámpara, esta cosa, podría ser un objeto de arte y no mi vida". (53)

El día que logremos hacer de nuestra vida una creación estética, cuando consideremos la existencia humana como un hecho falible, perecedero, pero hermoso y digno de ser cultivado y apreciado, en ese momento, quizá el poder, en tanto constante trágica de las relaciones sociales, pierda un poco de su omnipresencia negativa y podamos, finalmente, mirar la vida con mayor tranquilidad y gozar el placer de vivir.

NOTAS DEL CAPITULO CUARTO

- 1.- M. Foucault, Historia de la sexualidad, Siglo XXI, México, 1983, p. 18.
- 2.- Cfr. ibid., p. 20.
- 3.- Cfr. ibid., pp. 19 y 20.
- 4.- Cfr. ibid., p. 87.
- 5.- Cfr. ibid., p. 92.
- 6.- Cfr. ibid., pp. 110 y 111.
- 7.- Ibid., p. 129.
- 8.- Cfr. ibid., pp. 18 y 20.
- 9.- Foucault, Microfísica del poder, La Piqueta, Madrid, 1980, p. 156, Subrayado nuestro.
- 10.- Foucault, Historia de la sexualidad, ob. cit., p. 59.
- 11.- Cfr. ibid., pp. 48 y 49.
- 12.- Ibid., p. 63.
- 13.- Cfr. ibid., p. 37.
- 14.- Cfr. ibid., p. 47.
- 15.- Cfr. ibid., p. 148.
- 16.- Cfr. ibid., p. 148.

- 17.- Cfr. *ibid.*, p. 51.
- 18.- *Ibid.*, p. 60.
- 19.- Cfr. *ibid.*, pp. 51 y 62.
- 20.- Cfr. *ibid.*, p. 176.
- 21.- Cfr. *ibid.*, p. 179.
- 22.- Cfr. *ibid.*, pp. 146, 147 y 148.
- 23.- *Ibid.*, pp. 48 y 49.
- 24.- Cfr. *ibid.*, pp. 127 y 128; 177 y 178.
- 25.- Cfr. *ibid.*, pp. 34, 35 y 36.
- 26.- Cfr. *ibid.*, p. 54.
- 27.- Cfr. *ibid.*, pp. 35 y 36.
- 28.- Cfr. *ibid.*, pp. 72 y 73.
- 29.- *Ibid.*, pp. 75, 79 y 80.
- 30.- Cfr. *ibid.*, pp. 79 y 80.
- 31.- Cfr. *ibid.*, pp. 58 y 67.
- 32.- Cfr. *ibid.*, p. 67.

- 33.- Debido a que en el momento de la elaboración de esta investigación era todavía imposible conseguir en México los dos últimos libros de Foucault concernientes al tema aquí tratado, nos hemos basado exclusivamente en las entrevistas y avances publicados por su autor al respecto, para la elaboración de este apartado.
- 34.- H. Dreyfus y P. Rabinow, "Una genealogía de la sexualidad", en La Cultura en México, Revista Siempre, 18/7/84, p. 47.
- 35.- Cfr. P. Ewald, "El interés por la verdad", entrevista con Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, 26/9/84, p. 36.
- 36.- Cfr. Dreyfus y Rabinow, "Una genealogía...", loc. cit., p. 47.
- 37.- Ibid., p. 47.
- 38.- Ibid., p. 47.
- 39.- Cfr. ibid., p. 44.
- 40.- Cfr. ibid., p. 44.
- 41.- Ibid. p. 44.
- 42.- Cfr. ibid., p. 44.
- 43.- Foucault, "Vigilar y fornicar", en Revista Nexos, No. 81, septiembre, 1984, p. 45.
- 44.- Cfr. ibid., p. 45.

- 45.- F. Ewald, "El interés por la verdad", ob. cit., p. 32.
- 46.- Dreyfus y Rabinow, "Una genealogía...", loc. cit., p. 46.
- 47.- Ibid, p. 46.
- 48.- F. Ewald, "El interés...", loc. cit., p. 38.
- 49.- Cfr. Dreyfus y Rabinow, "Una genealogía...", loc. cit., p. 46.
- 50.- Dreyfus y Rabinow, "El sexo como moral", Revista de la Universidad, No. 40, agosto, 1984.
- 51.- Dreyfus y Rabinow, "Una genealogía...", loc. cit., p. 45.
- 52.- B. Gallagher y A. Wilson, "Si no hubiera resistencia no habría relaciones de poder", diálogo con Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, 18/7/84, p. 48.
- 53.- Dreyfus y Rabinow, "Una genealogía...", loc. cit., p. 47.

C O N C L U S I O N E S

Para terminar la revisión analítica de la obra de Foucault, haremos una recapitulación en breves líneas de aquello que consideramos más trascendente de su pensamiento:

1) DISCONTINUIDAD

El primer elemento que adquiere importancia es el de la discontinuidad. Resulta evidente que un teórico que reivindica el concepto de lo discontinuo como hecho fundamental de la historia y los discursos, no podía incurrir en la negación, con su itinerario personal, de este fenómeno. Efectivamente, frente a ciertos foucaultianos que piensan que es una virtud la invariabilidad de las ideas, respecto a los que creen que Foucault fue tan genial que descubrió y planteó sus principales ideas desde los dos o tres primeros libros, y que luego todo lo que siguió fue una simple profundización y ampliación de sus tesis centrales ya expuestas, nosotros hemos querido revalorar la fructífera modificación autocrítica, la diversidad de sus concepciones, lo polifacético de sus intereses, la infinita sospecha y curiosidad con relación a todo lo establecido y canonizado; actitudes que, en definitiva, son características apreciables en el conjunto de su obra.

Respecto de su propia mutabilidad teórica, expusimos el paso de la arqueología a la genealogía, aludimos al tránsito desde el interés central por las reglas discontinuas de los discursos hacia la preocupación por el poder como enfrentamiento de tácticas y estrategias de los dispositivos microfísicos;

igualmente relatamos la modificación que sufrió la concepción geopolítica del poder cuando incorporó a su horizonte interpretativo el descubrimiento de la moral como fundamento de la dominación.

2) CONTINUIDAD

Aunque el pensamiento de Foucault registró diversas e importantes modificaciones teóricas y metodológicas, sin embargo mantuvo siempre una invariable perspectiva crítica frente a la teleología, los causalismos, los dogmas, el concepto de totalidad y la apelación a una centralidad iluminadora de verdades.

La continuidad más importante que deseamos reivindicar se refiere a su actitud como persona: el ejercicio permanente de la crítica y la autocrítica; el cuestionamiento de lo instituido socialmente como verdad; la recuperación teórica y política de la diferencia, la marginalidad y la autonomía sexuales, sociales y políticas de los individuos; y su independencia como intelectual frente a los poderes establecidos.

3) MICROFISICA

El discurso foucaultiano del poder no sólo es relevante porque contribuye de manera original a la construcción de una teoría específica del dominio; también resulta esencial el hecho de que esa concepción se ha convertido en una rica aportación a la tarea colectiva que implica el proceso de

creación y fundamentación de una nueva teoría de la revolución.

Actualmente es impensable una transformación radical de las estructuras sociales, económicas y políticas sin tomar en consideración la revuelta cultural en los dispositivos microfísicos, sobre todo cuando las revoluciones efectuadas a lo largo del siglo XX han corroborado el planteamiento de que para obtener la libertad, la igualdad y la democracia de los individuos, se requiere de una modificación radical no sólo del Estado o de la posesión de los medios de producción, sino, y muy particularmente, de todas las instituciones sociales que en forma local y particular sustentan y reproducen la estabilidad y hegemonía de la dominación.

Contribuir a la fundamentación teórica de que cualquier revolución política resultará infructuosa, parcial y hasta contraproducente si no se produce una transmutación de las relaciones de poder y de la subjetividad (la moral y las formas de conciencia) en los ámbitos microfísicos: la familia, la escuela, la cárcel, puede considerarse como la aportación más valiosa de Foucault a una teoría de la revolución.

Aunque sus estudios históricos y teóricos enfatizan la trascendencia de la microfísica como poder regional, autónomo, circulante, transversal, etc., sin embargo Foucault jamás se olvidó de la dialéctica entre microfísica y macrofísica, y precisamente por ello, su teoría del poder resultó enormemente sugestiva y acertada.

4) LA DISCIPLINA

Al contrario de aquellos que piensan que Foucault sólo representó una moda pasajera en la historia de la literatura sociológica contemporánea, nosotros hemos tratado de fundamentar la tesis de que la teoría foucaultiana del poder disciplinario es la contribución intelectual más completa que existe actualmente sobre la esencia y función de las formas del poder en la sociedad moderna capitalista.

Mediante la creación de un concepto riguroso de disciplina, a través de la metáfora del panoptismo en tanto que modelo de la vigilancia en el conjunto de las instituciones, y al teorizar sobre la domesticación del alma y el cuerpo en la cárcel como experiencia difundida y asimilada por la totalidad de los micropoderes, Foucault tuvo el acierto de construir la más precisa imagen del poder en el capitalismo, el mejor retrato de la normalización y normativización, del encierro, la discriminación, la exclusión y el castigo como tácticas y estrategias del poder-saber inherentes a la sociedad contemporánea. La disciplina, así caracterizada, conforma una biopolítica de la existencia capitalista, es decir, constituye la condición esencial para que la explotación económica y la dominación político-estatal puedan materializarse y reproducirse en el conjunto de la sociedad.

5) BIOPODER SEXUAL

Foucault desarrolló en su Historia de la Sexuali-

dad por lo menos dos vertientes de enorme importancia teórica y política: a) La correlación histórica del poder afirmativo-productivo de la sexualidad con las tácticas negativas y represivas (de prohibición, censura y silencio) que están presentes en la tecnología del biopoder sexual; y b) La conversión del saber-poder sobre el sexo en una compleja maquinaria productora de conocimientos "verdaderos", que bajo la forma autolegitimada de ciencia de la sexualidad ha proliferado en la sociedad como una forma de mejor dominar, controlar, manipular y normalizar el cuerpo y el alma de los seres humanos.

6) LA TECNOLOGIA DEL YO

En sus últimos escritos Foucault establece otra nueva aportación a su teoría del poder: el planteamiento acerca de la existencia en cada época histórica determinada de una específica tecnología del yo que determina y explica la forma que adquieren las relaciones sociales.

Una vez que se ha dado cuenta de la importancia de la interiorización del poder en el individuo, y apoyándose en el fenómeno de la experiencia del sí mismo, Foucault puede amplificar y complementar su anterior concepción del poder como relación geopolítica de fuerzas que actúan de acuerdo con una peculiar tecnología de gobierno.

Sólo mediante el entendimiento de las referencias axiológicas específicas a cada sociedad, se puede comprender

la complejidad de las tecnologías del yo que posibilitan la reproducción de los poderes microfísicos y macrofísicos. La moral, en este sentido, se vuelve tema esencial para la formulación de una minuciosa ontología de la historia.

Finalmente, terminaremos estas conclusiones genera-les diciendo que son varias las críticas y diferencias que te-nemos con Foucault, sobre todo con la etapa arqueológica de su obra en donde subestima la importancia de la subjetividad, con su tendencia a mistificar al poder como fenómeno omnipresente y omnipotente de las relaciones humanas y con su planteamiento sobre la imposibilidad de poder lograr una reciprocidad de pla-cer igualitario en las relaciones sexuales, para únicamente citar los más importantes desacuerdos con él. Sin embargo, Fou-cault ha representado para nosotros el ejemplo, en tanto que intelectual y ser humano, de la búsqueda personal de una éti-ca como estética, de la conceptualización de la vida de uno mismo como arte de todos los días en donde la sexualidad cum-ple una función creativa primordial, y de la convicción de que este mundo estará menos dominado por las tecnologías de poder y será más disfrutable de vivir, cuando seamos tolerantes con los otros, el día que aceptemos el derecho a la diferen-cia y autonomía a la que tenemos legítimo derecho todos los hombres y mujeres que aspiramos a gozar de una libertad que nos permita autoafirmarnos como seres iguales y al mismo tiem-po diferentes.

B I B L I O G R A F I A

- Baudrillard, Jean. Olvidar a Foucault, Ed. Pretextos, Valencia, España, 1978.
- Bentham, Jeremías. El panóptico, Ed. La Piqueta, Madrid, 1982.
- Burgelin, P., D'Allonne, O, y otros. Análisis de Michael Foucault, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970.
- Caillois, Roger. Instinto y Sociedad, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1969.
- Cacciari, Massimo. "Poder, teoría y deseo", en Revista Cuadernos Políticos, No. 27, Ed. Era, enero-marzo, 1981.
- Canetti, Elías. Masa y poder, Ed. Muchnik, Barcelona, 1977.
- Canetti, Elías. La conciencia de las palabras, Ed. F.C. E., México, 1981.
- Caruso, Paul. Conversaciones con Lévi Strauss, Foucault y Lacan, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969.
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. "Una genealogía de la sexualidad", Entrevista con M. Foucault. La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1172, 18/7/84.

- Ewald, Francois. "El interés por la verdad", Entrevista con M. Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1182, 26/9/84.
- Foucault, Michel. Enfermedad mental y personalidad, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1961.
- Foucault, Michel. Historia de la locura, Ed. Siglo XXI, México, 1979.
- Foucault, Michel. El nacimiento de la clínica, Ed. Siglo XXI, México, 1980.
- Foucault, Michel. Las palabras y las cosas, Ed. Siglo XXI, México, 1968.
- Foucault, Michel. La arqueología del saber, Ed. Siglo XXI, México, 1976.
- Foucault, Michel. Nietzsche, Freud, Marx, Ed. Anagrama, Barcelona, 1981.
- Foucault, Michel. El orden del discurso, Ed. Tusquets, Barcelona, 1980.
- Foucault, Michel. El discurso del poder, Ed. Folios, México, 1983.
- Foucault, Michel. Theatrum philosophicum, Ed. Anagrama, Barcelona, 1981.
- Foucault, Michel. Yo, Pierre Riviere..., Ed. Tusquets, Barcelona, 1983.
- Foucault, Michel. Vigilar y castigar, Ed. Siglo XXI, México, 1980.

- Foucault, Michel. Microfísica del poder, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980.
- Foucault, Michel. La verdad y las formas jurídicas, Ed. Gedisa, Barcelona, 1978.
- Foucault, Michel. Historia de la sexualidad. 1- La Voluntad de Saber, Ed. Siglo XXI, México, 1983.
- Foucault, Michel. "Kant y la historia", en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1175, 8/8/1984.
- Foucault, Michel. "Hacia una crítica de la razón política", en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1064, 3/11/82.
- Foucault, Michel. "Cómo se ejerce el poder", en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1204, 13/3/85.
- Foucault, Michel. "Vigilar y fornicar", en Revista Nexos, No. 81, Septiembre, 1984.
- Foucault, Michel. "Lo que digo y lo que dicen que digo", en Revista Viejo Topo, No. 29, España, febrero, 1979.
- Foucault, Michel. "El poder y la norma", en Revista La Nave de los Locos, No. 8, Universidad de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich., verano, 1984.
- Foucault, Kosik y otros. Dialéctica y libertad, Ed. Fernando Torres, Valencia, España, 1976.
- Foucault, Michel y Léonard, Jacques. La imposible prisión, Ed. Anagrama, Barcelona, 1982.

- Foucault, M., Marcuse, H. y otros. Conversaciones con los radicales, Ed. Kairos, Barcelona, 1975.
- Freud, Sigmund. El malestar en la cultura, Ed. Americana, Buenos Aires, 1944.
- Freud, Sigmund. Totem y tabu, Ed. Alianza, Madrid, 1975.
- Gallagher, B. y Wilson, A. "Si no hubiera resistencia no habría relaciones de poder", Diálogo con M. Foucault, en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1172, 18/7/84.
- Kané, Pascal. "Yo, Pierre Riviere, habiendo degollado...", Entrevista con Foucault en La Cultura en México, Revista Siempre, No. 1172, 18/7/84.
- KOSIK, Karel. Dialéctica de lo concreto, Ed. Grijalbo, México, 1976.
- La Boétie, Etienne. El discurso de la servidumbre voluntaria, Ed. Tusquets, Barcelona, 1980.
- Lecourt, Dominique. Para una crítica de la epistemología, Ed. Siglo XXI, México, 1972.
- Lecourt, Dominique. "Foucault, microfísica del poder o metafísica", en Revista Viejo Topo, No. 22, España, 22/7/78.
- Marcuse, Herbert. Eros y civilización, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1969.
- Marx, Carlos. El Capital, Ed. Siglo XXI, México, 1976.

- Marx, Carlos y Engels, Friedrich. Manifiesto Comunista, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1978.
- Morey, Miguel. Sexo, poder y verdad, Conversaciones con Foucault, Ed. Materiales, Barcelona, 1978.
- Morey, Miguel. Lectura de Foucault, Ed. Taurus, Barcelona, 1984.
- Mills, Wright, y otros. Sociología del poder, Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1981.
- Orwell, George. 1984, Ed. Destino, Barcelona, 1980.
- Sheridan, Alan. "Foucault: los nuevos juicios de la historia", en El Semanario, periódico Novedades, septiembre, 1984.
- Weber, Max. Economía y Sociedad, Ed. F.C.E., México, 1983.
- Zelení, Jindrich. La estructura lógica de "El Capital" de Marx, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1968.

I N D I C E

PROLOGO	1
1. DE LA ARQUEOLOGIA A LA GENEALOGIA	7
1.1. Las Tres Etapas Teóricas de Foucault: El Discurso, El Poder y la Moral	8
1.2. Continuidad y Discontinuidad entre la Arqueología y la Genealogía	11
2. DEFINICION GENERAL DEL PODER	25
2.1. El Poder como Tecnología	26
2.2. El Poder como Relación Desigual de Fuerzas, como Guerra	29
2.3. Donde Hay Poder Hay Resistencia	31
2.4. El Poder como Gobierno	33
2.5. De la Microfísica a la Macrofísica	35
2.5.1. La Microfísica	35
2.5.2. La Macrofísica	38
2.6. Prácticas de Poder sin Subjetividad	44
2.7. Poder Positivo, Poder Negativo	47
2.8. Relación de Poder, Saber y Verdad	51
2.9. El Poder de los Intelectuales	56
2.10. El Poder es Inmanente	60
3. LA TEORIA DEL PODER EN EL CAPITALISMO	70
3.1. El Poder Disciplinario	71

3.1.1.	El Paso de la Soberanía Feudal al Poder Disciplinario	71
3.1.2.	Radiografía de la Disciplina Capitalista	76
3.2.	El Poder Panóptico	82
3.3.	El Poder Carcelario	88
3.3.1.	La Cárcel como Sometimiento del Cuerpo y del Alma	88
3.3.2.	La Cárcel como Fábrica de Criminales	94
4.	EL PODER EN LA SEXUALIDAD	102
4.1.	Hipótesis sobre la Sexualidad No Represiva	103
4.2.	La Represión en la Sexualidad	109
4.3.	La Ciencia de la Sexualidad	115
4.4.	La Experiencia del Si y los Escritos sobre la Tecnología del Yo	121
	CONCLUSIONES	133
	BIBLIOGRAFIA	139